


600107563S

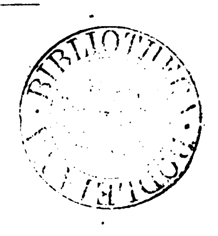


PRESERVATIVO CONTRA ROMA.

"En vano me dan culto enseñando doctrinas que son mandamientos de hombres."—Marcos vii. 7.

"Por las obras de la lei, ninguna carne será declarada justa en la presencia de Dios; porque, por médio de la lei, viene el conocimiento del pecado."

"La justicia que se recibe de Dios, por médio de la fé en Jesus Cristo, es para todos, i sobre todos los que tienen fé; (porque no hai diferencia; porque todos han pecado, i les falta la gloria de Dios;) siendo declarados justos gratuitamente por su gracia, por médio de la redencion que tienen en Cristo Jesus; á quien Dios señaló de antemano como propiciador, por medio de la fé en su sangre; para mostrar su justicia, ... á fin de ser él justo, i de declarar justo, sin embargo, al que tiene fé en Jesus."—Pablo, a los santos de Roma, cap. iii. 20-26.



EDIMBURGO:
IMPRENTA DE TOMAS CONSTABLE,
IMPRESOR DE CAMARA DE SU MAJESTAD LA REINA.
MDCCCLVI.

Ya que, gracias á la Divina Providencia, ha penetrado la luz del Evangelio en España; ya que circula allí libremente la palabra divina revelada á los Profetas y á los Apóstoles; ya, en fin, que se está desmoronando en aquella nacion el usurpado poder con que, por espacio de tantos siglos, han estado oprimiendola el error, la impostura y el fanatismo, conviene promover por todos los médios posibles esta saludable tendencia, y no omitir diligencia ni sacrificio para que los españoles conozcan la naturaleza del verdadero Cristianismo, y dejen de ser, como lo han sido hasta ahora, instrumentos y víctimas de una autoridad que ha osado falsificar la palabra divina, y viciar y prostituir la gran obra de la Redencion.

Con este objeto se publica ahora en Castellano el *Preservativo contra Roma*, en cuyas páginas se ha procurado concretar y poner al alcance de todas las inteligencias, una serie de argumentos tan claros, y sencillos, como vigorosos é irrebatibles, en que se pulverizan los sofismas y se descubren las arterías de aquel inmenso foco de corrupcion, inmoralidad y espiritual despotismo.

Esta obra se encomienda á todos los que busquen la verdad; á todos los que, ansiosos por la salvacion de sus almas, acudan á las Escrituras como la fuente de donde unicamente puede emanar, incontaminada y pura, tal como se dignó comunicarla á los hombres el Padre de las misericordias.

Febrero 1856.

TABLA DE MATERIAS.

DIALOGO I.

TIRANÍA RELIGIOSA.

El Lector.—Ya que tanto habeis deseado tener una conversacion conmigo, dadme licencia para preguntaros ántes ¿quien sois?

El Autor.—Nada es mas justo, amigo mio. Lo cierto es que si no sabeis quien soi, ni los extraños é imprevistos sucesos que aquí me han traido, casi no tiene objeto nuestra conversacion. Sabed pues, ántes de todo, que soi español, y que he sido educado y ordenado sacerdote en la iglesia católica romana.

El Lector.—¿Es posible? Sereis, sin duda, uno de esos pobres españoles, que, segun he oido, han sido arrojados de su patria por haber querido darle mejor gobierno que el que tenia.

El Autor.—No por cierto. Estamos en 1825, y hace quince años que vine á Inglaterra, por mi propia voluntad, separándome de todo lo que amaba en el mundo, ademas de una buena colocacion en la iglesia, y la perspectiva de ascender á puestos de mayor honor y lucro.

El Lector.—¡Cosa extraña!

El Autor.—Debe serlo para los que no tienen idea de los males á que resolví sustraerme, sacrificando todo lo que poseia. Vos, amigo mio, habeis tenido la dicha de nacer en un pais enteramente exento de la *tiranía religiosa.* Si fuera posible que hubieseis nacido en España, poseyendo al mismo tiempo el espíritu libre de un ingles, no extrañariais la determinacion que tomé de abandonar padres, parientes, amigos, riqueza y patria, y lanzarme al ancho mundo, á la edad de treinta y cinco años, sin contar mas que con mi trabajo para proveer á mi subsistencia: y, todo esto, solo por huir de la tiranía religiosa.

El Lector.—Me sorprendeis; pero ya que habeis tenido tanto

miedo de la *tiranía religiosa*, y ya que tanto la odiais ¿no podeis decirme qué sentido dais á esas palabras?

El Autor.—Facilmente las entendereis, si me dejais proceder con la historia de mi vida. Nací de padres decentes, y fuí educado con esmero y con ternura. La familia de mi padre era irlandesa, y como él y sus dependientes hablaban ingles, aprendí esta lengua desde niño, y, gracias á esta circunstancia, que considero como un favor de la Providencia, para mi bien futuro, puedo ahora conversar con vos en vuestro propio idioma. Mi padre y mi madre eran católicos, y nada omitieron para hacer de mí un buen católico romano. Como mi temple no era inconstante, crecí agregado á la religion que habian impregnado en mi mente. A la edad de catorce años, creyendo que la carrera en que mas podia agradar á Dios era la eclesiástica, rogué á mis padres que me preparasen para ella, lo que aceptaron con gran alegría. Pasé muchos años en la universidad, me gradué, y á los veinticinco años me ordenaron sacerdote. Es costumbre en España, cuando vacan ciertas prebendas en las catedrales, abrir concurso público, en que toman parte los candidatos que aspiran á llenar aquel puesto. Despues de los ejercicios, los jueces designados por la lei, eligen al que mas competente les ha parecido. No soi capaz de envanecerme por ello: pero poco despues de haber sido ordenado, fuí elegido capellan del rei de España, del modo que acabo de explicar. Hasta entónces todo habia salido á medida de mis deseos, y, gracias á Dios, mi prosperidad y la comodidad de que gozaba, no me hicieron olvidar las obligaciones del sacerdocio. Sin embargo, de cuando en cuando me ocurrian algunas dudas sobre la verdad de la religion católica romana. Por miedo de obrar mal, dandoles acojida, estube largo tiempo apartandolas de mi imaginacion; pero la paz huyó de mi espíritu. En vano me arrodillaba y dirigia á Dios mis oraciones: las dudas que se acumulaban en mi alma, turbaban todas mis devociones. Esta lucha duró meses y meses, hasta que, incapaz de responder á las objeciones que me ocurrian, abandoné, en mi corazon, la religion que profesaba.

El Lector.—¡En vuestro corazon! Pues qué; una vez convencido de la falsedad del catolicismo ¿aparentabais todavía ser católico?

El Autor.—Los papas de Roma creen que tienen derecho á obligar á todos los que han sido bautizados, y especialmente á los que lo han sido por sacerdotes católicos, á continuar en la misma religion hasta el fin de sus dias. Cuando el que vive bajo su autoridad se aventura á negar alguna de las doctrinas que la iglesia católica profesa, lo encierran en una cárcel, lo atormentan en un potro, y si no se retracta, lo entregan á las llamas como herege. Siendo católicos, los reyes de España obran en estas materias segun la voluntad de los papas, y para evitar que los españoles sean de otra religion que la católica, al menos en apariencia, establecieron un tribunal llamado *Inquisicion*, en el cual un cierto número de clérigos juzgaban en secreto á cualquiera acusado de haber negado abiertamente algun artículo de la fé católica romana. Si, movido por el miedo de las consecuencias, el preso se desdecia y confesaba que habia errado, los clérigos lo condenaban á hacer penitencia por algun tiempo, ó le imponian una multa cuantiosa; pero si tenia bastante ánimo para persistir en su opinion, lo entregaban al verdugo, para que lo quemara vivo.

Me acuerdo mui bien de la última persona que fué quemada como herege en mi propia ciudad llamada Sevilla. Era una mujer pobre y ciega. Entónces tenia yo ocho años, y ví los haces de leña, colocados sobre barriles de brea y alquitran, en que iba á ser reducida á cenizas.

Diez años viví en el mas desventurado y miserable estado de espíritu. Si se me hubiera escapado en la conversacion alguna palabra de la que podria inferirse que no creia exactamente lo que el papa manda creer, me habrian arrancado de mi cama en médio de la noche, y llevado á una de las cárceles de la Inquisicion. Y á la verdad mui inquietas noches solia yo pasar, temeroso de haber cometido alguna indiscrecion, de ver rodeada mi casa por los ministros de aquel tribunal, para llevarme en el negro carruage de que se sirven en semejantes ocasiones.

Feliz es el pueblo de este reino [de Inglaterra], donde cada casa es la fortaleza de quien la habita, y donde, con tal que no cometa un delito real, puede dormir tan seguro bajo la proteccion de las leyes, y de un pestillo en la puerta, como en un castillo amurallado. Donde la tiranía papal prevalece, el hombre no

puede disfrutar ese sentimiento de seguridad. El católico que no vive bajo el amparo de un gobierno protestante, es un verdadero esclavo en todas partes, y no puede, sin exponerse á graves peligros, articular una palabra contra las opiniones de su iglesia. "Las paredes tienen oidos," es un dicho comun en mi tierra. Está circundado de espías, porque la iglesia de Roma sabe emplear á sus súbditos, como espías de sus mismos deudos y amigos. Todos los años se lee publicamente en las iglesias una bula del papa, en la que se manda que los padres acusen á sus hijos, los hijos á sus padres, los maridos á sus mujeres, las mujeres á sus maridos, si dijesen una palabra, ó cometiesen una accion contra la religion católica romana. Se les dice que todo el que desobedezca este mandato, no solo incurre en la condenacion de su alma, sino que es causa de que se condenen aquellos mismos en cuyo favor disimula y calla. Así es que muchos han sido acusados por sus padres, sin saber á quien debian sus padecimientos: porque el nombre del delator queda sepultado en el mas profundo secreto, y el acusado ni vé, ni sabe quienes son los testigos que contra él deponen.

Mi madre afectuosa, era una señora á quien veneraban todos los pobres de la vecindad por la bondad con que los trataba, y por la caridad que con ellos ejercia. Muchas veces la vi privarse de sus comodidades, para tener mas que dar á los necesitados. Yo era el mayor de los hijos, y el que mi madre preferia. Pues bien: como yo no podia ocultar enteramente mi modo de pensar con respecto al catolicismo, aquella buena señora empezó á sospechar que yo no era un buen católico en el fondo de mi corazon. Sabia ella que el papa le imponia la obligacion de acusar hasta á su propio hijo en casos semejantes, y temerosa de que se me escapasen algunas palabras que la obligasen á cumplir aquel terrible deber, tomó el partido de evitar mi presencia, y de encerrarse en su cuarto á llorar por mí. A los principios no podia yo entender la causa de esta esquivez, de parte de una madre tan afectuosa, y á la hora esta creeria yo haber perdido su amor, si un amigo de la casa no me hubiese puesto en posesion del secreto.

El Lector.—Os aseguro que me causa tal horror lo que me decis, que de ahora en adelante no podré mirar sin recelo á unos vecinos mios católicos.

El Autor.—No permita Dios que produzcan semejante efecto los datos que os estoi comunicando. El catolicismo en sí mismo, y tal como el papa lo propagaria por todo el mundo, si no hubiera leyes protestantes que le resistieran, es el mas horrible sistema de tiranía que se ha opuesto jamas al bienestar del hombre. Pero la mayor parte de los católicos ingleses desconocen los males que su religion es capaz de producir. Han crecido bajo el influjo de una constitucion que debe á las ideas protestantes el espíritu de libertad en que está impregnada. Muchos de ellos son protestantes en sus sentimientos, y sus clérigos tienen que manejarlos con dulzura, para que no se les escapen de entre las manos. No hai, en verdad, motivo de temor ni de sospecha, con respecto á los católicos de estos reinos, en tanto que el gobierno y el parlamento se conserven en la fé protestante: pero no respondo de las consecuencias, si el papa, por médio de sus clérigos, lograse influir clandestinamente en uno ó en otro.

El Lector.—Deseo saber la continuacion de vuestra historia.

El Autor.—No tardaré en satisfacer vuestra curiosidad, aunque lo que me resta que decir me es sumamente penoso. En todo caso, podeis estar seguro, cuando me oigais, que os digo la verdad, toda la verdad, y no mas que la verdad. La prueba es que no me hace mucho favor lo que voi á revelaros. Sabed pues que desde el momento en que me convencí de la falsedad de la religion en que habia sido educado, carecí enteramente de religion, y viví sin Dios en este mundo.

El Lector.—Siento mucho oirlo. ¿No podiais haber buscado otro culto distinto del católico, ántes de echaros en brazos de la infidelidad?

El Autor.—¡Ai amigo! Sois un hombre honrado y digno, y vuestras expresiones merecen mi aprecio, aunque me siento humillado y confundido por ellas. Pero olvidais que yo vivia en un pais en que se nos impone esta alternativa: *ó Cristo con el papa, ó no hai Cristo.* Lo primero que un verdadero católico romano enseña á los que de él dependen, es que ó todo lo que la iglesia de Roma enseña es verdad, ó todo lo que la Escritura contiene es falso. Creer que la iglesia de Roma se engaña, ó puede engañarse en un solo artículo de su creencia, es, segun ella, lo mismo que dejar de creer en todo el Evangelio. Esta

es la razon porque, en los paises en que se observa estrictamente el catolicismo, todo el que lo desecha en su corazon, considera inmediatamente el cristianismo como una fábula.

El Lector.—Perdonadme si os hago una pregunta en que no tengo la menor intencion de ofenderos. ¿Persistis en la misma opinion? ¿Creeis con algunos escritores modernos que no hai verdad en la Biblia?

El Autor.—Tan lejos estoi de ese error, que no ceso de pedir ansiosamente á Dios me prive de todos los bienes temporales, y me colme de los mayores padecimientos de que es susceptible la humanidad, ántes de retirar de mí su gracia, por medio de la cual creo en su hijo Jesu Cristo, y espero salvarme por sus méritos.

El Lector.—No tengo valor para decir *Amen* á la primera parte de vuestra plegaria: pero me adhiero cordialmente á la segunda. ¿Tendreis ahora la bondad de decirme cómo llegasteis á creer en la Biblia, á despecho de vuestras opiniones? Porque un vecino mio que la echa de infiel, suele decir que el hombre cuyos ojos se han abierto una vez á la falsedad de la Biblia, no puede volver á creer jamas en ella.

El Autor.—Quisiera que ese vecino vuestro supiese mi historia. Quizas la misericordia divina le proporcionaria los mismos médios que ha empleado en mi conversion. De una cosa estoi perfectamente convencido en este asunto, y es: que si, por la gracia de Dios, siempre dispuesta en favor del que busca sinceramente la verdad religiosa, ese vecino vuestro, absteniendose de pecar, pide diariamente á su Hacedor, (porque no supongo que llegue hasta negar su existencia) que lo ilumine y lo conduzca á la verdad, no tardará en llegar á ser un sincero cristiano.

Pero seguiré contando mi historia. Cuando me separé de la religion católica, y quise gozar de la vida, y abandonarme á mis deseos, no pude encontrar ni felicidad ni reposo. Mi alma se resistia al engaño, y no podia soportar la necesidad de obrar publicamente como ministro de un culto, de cuya falsedad estaba perfectamente convencido. Pero ¿qué podia yo hacer? En cuanto á riquezas y honores, Dios sabe que no tenian el menor valor á mis ojos, en comparacion de mi amor á la libertad y á la

independencia. Una vez, por cierto, llegué hasta escribir á un amigo de Cadiz, encargandole que me proporcionase pasaje á los Estados Unidos; pero cuando consideré la edad avanzada de mis padres; cuando reflexioné que mi fuga los colmaria de un dolor capaz de acelerar su muerte, brotaron lágrimas de mis ojos, y todo el valor que el odio me habia inspirado se deshacia en el amor á los autores de mis dias.

Diez años de mi vida pasé en esta fiebre del corazon, sin la menor esperanza, sin una gota de aquellos consuelos que vivifican el alma del que sacrifica sus deseos al deber, bajo el benéfico influjo de la religion.

Al fin, plugo á Dios proporcionarme los médios de sustraerme á la tiranía del papa, para someterme voluntaria y alegremente al yugo suave de su bendito Hijo Jesu Cristo. Los médios de que se valió la Providencia para libertarme, me parecen tan maravillosos, que me confundo al pensar en ellos.

En primer lugar, era indudable que yo no podia salir de España, para fijarme en un pais protestante, sin dar un golpe mortal á mis padres. ¿Podria nadie creer en 1807, que en 1810, habian de ser mi padre y mi madre los que me instasen á venir á Inglaterra? Pues así sucedió. Ya sabeis que Buonaparte entró en España, con designio de colocar en aquel trono á su hermano José, y que, en cierto modo, consiguió su designio por algun tiempo, cuando sus ejércitos avanzaron hasta ponerse á vista de Cadiz, amenazando la última esperanza de los españoles. A la sazon me hallaba yo en Sevilla, ciudad de mi nacimiento, y, como las tropas francesas se acercaban, todos los que no querian someterse á su gobierno, y tenian médios de transferirse á otros puntos, huyeron á Cadiz. Mis padres no podian abandonar la casa: pero como aborrecian á los franceses, y la injusticia de su invasion, se empeñaron en que yo saliese de la ciudad. Entónces ví que era llegada la ocasion de realizar mi antiguo plan de sustraerme á la tiranía bajo la cual estaba gimiendo; y, bajo el pretexto de no creerme seguro en Cadiz, en cuatro dias hice mis preparativos de viaje á Inglaterra. Sabia que esta separacion debia ser eterna, y corria sangre de mi corazon al contemplar por última vez á mis padres. Pocas semanas despues abordé á estas playas.

El Lector.—Creo que hicisteis mui bien. Aunque soi un pobre hombre, si hubiera sabido vuestra historia cuando llegasteis, os habria dado la mano de amigo, y puesto á vuestra disposicion mi humilde residencia.

El Autor.—Me tendriais por un adulador si os hablase de toda la gratitud que debo á vuestros compatriotas, y de las pruebas de amistad con que me han favorecido desde el momento de mi llegada. Pero ¡ cuan diferente me pareció Inglaterra de lo que yo me habia imaginado !

El Lector.—Pues qué ¿ temiais que recibiesen mal á un extrangero que buscaba acojida entre ellos ?

El Autor.—No por cierto : en eso no me engañé. Hallé á los ingleses tan hospitalarios y benévolos como la idea que de ellos me habia formado ántes. Pero descubrí en ellos una cosa que no aguardaba : esto es, una gran sinceridad y verdad en su religion.

Ya os he dicho que en los paises católicos se hace creer á la gente que el que no es católico romano no tiene de cristiano mas que el nombre. Portanto suponia que en las naciones protestantes, aunque pareciese que los hombres tenian una religion, pocos ó ninguno se curaria de observarla. Ved ahora cuan benignamente me trató la Providencia. Si al llegar á Inglaterra hubiera caido en mano de alguno de vuestros infieles, indudablemente me habria confirmado en mi error. Pero quiso Dios ordenar de tal modo los sucesos que mui en breve hice conocimiento con una familia de las mas excelentes y religiosas de Londres. En mi estado antiguo de ceguedad é ignorancia, creia que, puesto que las costumbres estan tan relajadas en España, con ser la nacion mas enteramente católica del mundo, una nacion que no era cristiana mas que en el nombre, segun la idea que me habia formado de la inglesa, seria infinitamente mas adicta á prácticas viciosas. Pero cuando empecé á mirar al rededor, y observé la modestia de las mujeres, la vida ordenada y tranquila de la mayor parte de las familias, y cuando comparaba su conversacion decente con la charla profana que se tolera en mi tierra, percibí al instante que mi cabeza estaba llena de nociones absurdas, y me preparé á desarraigar todas las que descubriese en contradiccion á mis observaciones. Tal era

el estado de mi espíritu, cuando un Domingo entré en una iglesia protestante por mera curiosidad: porque mis pensamientos estaban á la sazon mui léjos de Dios y de su culto. Las insignificantes ceremonias del catolicismo me hacian mirar con fastidio las iglesias y los ritos eclesiásticos. Pero cuando en el curso de los oficios observé la hermosa sencillez y el sentimiento caloroso, si es lícito decirlo, que dominaban en aquella solemnidad, mi corazon que, por espacio de diez años, habia parecido muerto á todo impulso religioso, no pudo ménos de mostrarse dispuesto á revivir, como un árbol deshojado, cuando lo orean las primeras brisas suaves de la primavera. Dios evitó que quedase convertido en un tronco muerto. No daba aun señas de vida: pero la savia estaba subiendo de la raiz. Así lo percibí en mí, al considerar la impresion que me hizo el himno que se cantaba aquella mañana,

> " Cuando de tus bondades, oh Dios mio,
> La inmensa multitud contempla el alma,
> Atónito á su vista me confundo
> En amor, en respeto y alabanza."

Los sentimientos expresados en este hermoso himno penetraron mi corazon, como la primera lluvia que refresca una tierra sedienta. Avergonzabame de mí mismo al considerar cuan largo tiempo habia vivido en impío olvido de Dios, padre y sostenedor de mi vida y de mi ser, y la conciencia de mi ingratitud arrancaba profusas lágrimas de mis ojos. Cuando salí de la iglesia era ya otro hombre: mas no tenia todavía verdadera fé en Cristo.

Sin embargo, desde aquel dia empecé á dirijir cada mañana una corta oracion á Dios, pidiendole proteccion y luz, y dandole gracias por sus bondades. Por aquel tiempo cayeron en mis manos algunos libros relativos á la verdad del Cristianismo, y en esta clase de obras, Inglaterra es superior á todas las otras naciones cultas. Juzgué conveniente examinar otra vez el asunto, aunque no me parecia fácil responder á los argumentos, contrarios á la fé cristiana, que habian llegado á serme familiares.

A medida que se disipaban mis preocupaciones contra la revelacion, aumentaba el fervor de mis oraciones. Leí con mucho

cuidado la Biblia, y quiso Dios curarme de mi ceguedad al cabo de dos años. En fin, abracé la doctrina protestante.

El Lector.—¿Habeis tenido ocasion de poner en duda la verdad del protestantismo desde que lo habeis abrazado?

El Autor.—Nunca, como la tuve de poner en duda la verdad de las doctrinas de Roma. Tan convencido estoi de la falsedad de estas, que casi dudaria del Evangelio si se me probase que estan contenidas en él. Pero esto es imposible.

Os confesaré, sin embargo, que algunos años despues de abrazar el protestantismo, tuve algunas tentaciones en mi fé: no en favor del catolicismo, sino con respecto á la doctrina de los que se llaman *unitarios:* esto es, los que creen que Jesu Cristo no era mas que hombre, hijo de Maria y de José. Para mí, fué esta una severa crisis: porque como habia estado tanto tiempo sin religion, necesitaba un socorro extraordinario de la gracia divina para no caer otra vez en aquel abismo. En este estado de duda, pero sin declararme precipitadamente en favor de ninguna de las dos creencias, (porque, gracias á Dios, mis antiguos errores me habian hecho conocer mi flaqueza,) volví á examinar con el mayor cuidado las Escrituras, sin cesar de pedir á Dios que me pusiese en el camino de la verdad. Anublaron por largo tiempo mi alma las dudas, y la oscuridad se espesaba de cuando en cuando con tanta intensidad, que llegué á temer la extincion de la fé cristiana en mi espíritu. Si, en consecuencia de esta predisposicion á la duda, me hubiera abandonado, como suele suceder en semejantes ocasiones, á los apetitos de la carne, mi recaida en la infidelidad habria sido inevitable: pero la gracia de Dios obraba secretamente en mí, y, por muchas que fuesen mis dudas sobre la verdad del Evangelio, nunca me creí en libertad de infrinjir voluntaria y abiertamente sus mandatos. Deseaba sinceramente descubrir la verdad, y aunque algunas veces me sintiese inclinado á dudar otra vez, mi experiencia de la vanidad y de la pequeñez de la infidelidad, me impulsaba á volverme á Cristo, clamando frecuentemente con llanto en los ojos: "¿A quien acudiré? Tú tienes las palabras de eterna vida." *

Parte por causa de mis dudas, y parte por una larga enfermedad, que produjo en mí la mudanza de clima, pasé la mayor parte

* Juan vi. 68.

del año sin asistir á los oficios divinos. Pero, al cabo, la misericordia divina condujo mis pasos al templo. Me arrojé en brazos de Cristo, y no fué vana mi confianza. Mi alma recobró pronto su tranquilidad, y me encontré mas fuerte que nunca en la fé verdadera en Cristo.

Ya veis, amigo mio, que no quiero ocultar al mundo mi flaqueza. Ya debeis suponer que, para un hombre que ha empleado toda su vida en el estudio, debe ser mui penoso confesar tantos errores y tantas dudas; en una palabra, mostrar tanta debilidad de espíritu y de inteligencia, cuando ha obrado sin el apoyo de la gracia divina. Pero concibo que debo este sacrificio á la verdad del Evangelio, y al bienestar espiritual de mis prójimos. ¡Cuan feliz seria yo si el mas humilde indivíduo, sujeto á la misma tentacion, se aprovechase de mi ejemplo, y, sin cesar de orar, examinase, como los nobles de Berea, "si eran ciertas aquellas cosas!"*

El Lector.—Compadezco vuestros padecimientos: pero me consuela saber que no son solos los ignorantes los que estan sujetos al error en materias religiosas.

El Autor.—No lo son por cierto: al contrario, el orgullo del saber humano suele ser la roca en que naufraga la fé de las clases distinguidas de la sociedad. El verdadero carácter del Evangelio es "ocultarse á los sabios y prudentes, y revelarse á los niños."† No porque el verdadero saber se opone á la verdad espiritual, sino porque las mejores disposiciones para la fé son la humildad y la sencillez del corazon. Los ministros de la iglesia de Cristo, tienen obligacion "de hacerse capaces, por médio de la sana doctrina, de exhortar y convencer á los que contradicen."‡ Pero, aunque esta doctrina del Apóstol no excluye del saber religioso á los legos, y aunque cada hombre segun su capacidad puede enterarse en las pruebas irrebatibles en que se funda la verdad del Evangélio, la fé salvadora en Jesu Cristo no requiere lo que se aprende en los libros, para obrar con toda plenitud en el corazon.

Despues de emplear toda mi vida en el estudio; despues de gastar diez años de constante lectura en adquirir la completa

* Hechos de los Apóstoles, xvii. 11. † Lucas x. 21.
‡ Ep. á Tito i. 9.

seguridad de que el Cristianismo no era una fábula, habiendo descubierto al fin que los libros me habian engañado, tengo que dar gracias á Dios por la merced que me ha hecho, de ponerme al nivel de los mas humildes é ignorantes discípulos de Cristo, que fundan toda la esperanza de su salvacion en la sangre de su Redentor. Maravillosas son las vias de Dios, y no hai presuncion en esperar que las amargas luchas que he tenido que sostener en mi alma, sirvan de instrumento para confirmar á muchos en la fé.

Las pruebas del Cristianismo son tan irrebatibles, que cualquiera que se tome el trabajo de examinarlas, si realmente confiesa que hai un Dios vivo, un ser que rije el mundo moral, jamas gozará un momento de reposo, hasta que ó haya creido en Cristo, ó haya conseguido cegarse enteramente, mostrandose indiferente á las cosas espirituales, dejandose llevar por la rápida corriente de la vida, sin pensar una vez siquiera en aquel mundo desconocido, al que pronto, mui pronto será arrebatado.

La mayor parte de los que dicen que creen en un Dios, y, sin embargo desechan el Evangelio, en los paises en que se enseña publicamente, sin los errores del catolicismo, no entienden por la palabra *Deidad*, un Ser Supremo, un Dios vivo, un Creador inteligente de la humanidad, como nos lo ha revelado la Escritura : sino una causa desconocida de lo que llaman Naturaleza, al cual es de un todo indiferente la buena ó mala conducta de los hombres.

Cuando estaba casi sobrecojido, despues de mi conversion al protestantismo, por una multitud de pequeños argumentos en favor de la infidelidad (porque todos ellos son como un enjambre de insectillos, y no pueden formar un todo compacto como las pruebas del Cristianismo) busqué un punto de descanso fuera de la "roca de los siglos," que es nuestro Salvador Jesu Cristo. El espectáculo que me rodeaba era espantoso ; un golfo negro, con algunos puntos salientes, todos los cuales habia ya experimentado, sin haber podido apoyarme en ninguno, y de los cuales no podia caer sin hundirme en el abismo sin fondo del *Ateismo*. En esta angustia del alma, exclamé con el apóstol Pedro : "¿ á quien acudiré ?" y me estreché con la cruz de Cristo.

El Lector.—¿ Cómo explicareis la existencia de las infinitas

religiones falsas que hai en el mundo? ¿Cómo permite Dios que de este modo se pierdan tantos millones de almas, si es cierto que estas cosas tienen interes á sus ojos?

El Autor.—Suponed que teneis que pasar por una selva oscura, en que abundan las fieras y los precipicios, y en que se cruzan innumerables senderos. A la entrada, encontrais al hijo del soberano de aquella tierra, el cual, con la mayor benevolencia, ofrece á muchos de los que llegan un mapa, en que estan trazados con el mayor esmero los senderos del bosque, al fin de los cuales estan situados hondos precipicios, y los otros caminos por los cuales el caminante puede evitar aquellos peligros, y llegar á una region deliciosa, donde le aguarda el mayor grado posible de felicidad. Os informais del carácter de aquel hombre, y no hallais motivo de poner en duda su buena fé ni el cumplimiento de sus promesas. Entre tanto, observais que otras muchas personas entran en la selva, sin cuidarse de averiguar el camino que han de seguir para no caer en los precipicios, y, sobre esto, dirijis algunas preguntas al príncipe; el cual no se digna responderos, sino que os insta á que sigais su consejo, observando cuan injusto es por vuestra parte dudar de su rectitud en la conducta que sigue con vosotros, cuando se os ha mostrado tan favorable y benigno. Supongamos, por último, que vuestro orgullo se sobrepone á vuestra razon, y que hablais de este modo al príncipe: " Señor, aunque no tengo motivo para dudar de vuestra veracidad, confieso que desapruebo vuestra conducta con esa gente. Debeis explicarle el modo de salir de esta selva, como habeis hecho conmigo: de lo contrario, ahí teneis vuestro plan, y yo saldré de la selva como pueda." Pregunto ¿mereceriais compasion si cayeseis en un precipicio?

El Lector.—Por cierto que no. Dios me libre de semejante rasgo de ingratitud.

El Autor.—Pues eso es justamente lo que hacen los hombres cuando no quieren recibir el Evangelio, fundandose en que Dios no lo ha dado á conocer á todas las naciones de la tierra. Es lo mismo que si desecharan una perla de gran precio, solo porque, entre millones de hombres, ellos han sido escojidos para poseerla. Conocen todo el mérito de la joya; no pueden negar que el que la puso en sus manos es un Ser infinitamente benévolo y gene-

roso: pero su orgullo prevalece, y mas bien quieren abandonarse á su propia ignorancia y flaqueza, que dar gloria á Dios por lo que han recibido, y confiar en que finalmente juzgará al mundo con rectitud.

El Lector.—Os hice aquella pregunta solo porque la he oido hacer á otros. Por mi parte, creo que el hombre debe recibir con gratitud los dones de Dios, sin examinar la sabiduría y la prudencia de su gobierno.

El Autor.—El catolicismo, en el hecho de no reconocer á Jesu Cristo como único cimiento de la fé; en el hecho de constituir al papa, si no como autor, á lo ménos como perfeccionador de la fé, expone á los miembros de aquella comunion á quedar indefensos contra los ataques de la impiedad. Lo que me sucedió á mí en mi juventud, es lo que sucede á la mayor parte del clero y de las clases educadas en España. Las clases inferiores, y, en las elevadas, los que no leen mas libros que los aprobados por la iglesia, son fanáticos feroces que, si pudieran, asolarian las naciones que no doblan la rodilla ante los santos y las religiosas de Roma. Pero, entre los que leen y piensan por sí mismos, he encontrado pocos que [creen ser verdadero el Cristianismo]. Esos hombres sobrellevan con tanta impaciencia el yugo del catolicismo, que, cuando pueden hablar sin recelo con un incrédulo, desahogan su irritacion y atacan con la mayor violencia y se burlan con descaro de los mas sagrados misterios de la religion. Entre las observaciones prácticas que he hecho sobre esta materia, ninguna me inspira mas confianza que la tendencia del catolicismo hácia la infidelidad. Habreis oido hablar sin duda del casi universal desprecio con que se miró el Cristianismo en Francia, durante la primera revolucion. Pues bien, si el pueblo frances hubiera creido [ser verdadero el Cristianismo], (como parecia creerlo poco ántes que la revolucion estallase,) no era posible que hubiese caido tan pronto en tan horrible infidelidad, como la que se manifestó cuando dudó su cuerpo legislativo sobre si adoptaria una lei contra los que creyesen en Dios. Aquí podeis observar los efectos del catolicismo, donde quiera que predomina. Desde luego, tuerce y desfigura el Evangelio, hasta hacerlo parecer absurdo y ridículo á los ojos de los hombres que tienen el valor de pensar por sí mismos. Luego les tapa la boca,

y les hace podrir los sentimientos en el corazon, hasta que llegan á desentenderse de todo miedo á la tiranía religiosa, aborreciendo hasta el nombre de la religion, bajo la cual se han visto precisados á reverenciar tantas imposturas, y á pádecer tantas humillaciones; y sacudiendo con impío despecho, el yugo santo de la obediencia á Dios, como si fuera el mismo que por tan largo tiempo les han impuesto el papa y sus emisarios.

El católico ha de creer en la Biblia, como se la presenta la iglesia de Roma; de aquí resulta que está expuesto á desechar la autoridad de la Escritura, desde el momento en que la encuentra en contradiccion con la autoridad de su iglesia. Una vez desacreditada la Biblia en la mente del hombre, todo el edificio de la Religion se viene al suelo.

En las congregaciones protestantes, el hombre puede juzgar por sí mismo de la conformidad entre la fé que en ellas se profesa, y lo que enseña la verdad revelada. El verdadero protestante dejará aun á su implacable enemigo, el católico, en perfecta libertad de fiarse á sus propias convicciones.

¡Ai amigo! si los alucinados protestantes que se dejan seducir por las arterías sutiles de los agentes del papa, conocieran, como yo conozco por una larga y triste experiencia, el espíritu orgulloso, feroz y tiránico de la iglesia á que se someten; reconociendo las leyes del papa, deplorarian con lágrimas mas amargas que las de Esaú, la pérdida de aquella libertad cristiana, que hereda todo el que nace protestante. El verdadero católico romano es el esclavo de los esclavos del papa, esto es, del clero esparcido en todo el mundo.

Si quereis tener una idea correcta del carácter y del espíritu de la iglesia á que presta obediencia el católico, favorecedme con otra entrevista, y sabreis lo que es la iglesia del papa, y los disfraces que usa para enseñorearse en el poder.

El Lector.—Os oiré con mucho gusto, siempre que os sintais dispuesto á tratar de tan grave asunto.

DIÁLOGO II.

LA AUTORIDAD—LA BIBLIA, NO EL PAPA.

EL LECTOR.—No puedo expresaros cuanto deseaba volver á veros.

EL AUTOR.—No deseaba yo ménos esta entrevista: pero, como sé que mi visita puede ser bien ó mal recibida, segun la impresion que mi primera conversacion os haya hecho, he vacilado algun tanto en volver á tratar del asunto. Ahora puedo deciros con toda verdad que no hablo por una vana confianza en mí mismo, sino convencido por una larga y penosa experiencia; y, por tanto, espero que, ya que habeis pensado en el asunto de nuestra primera conversacion, me prestareis vuestra atencion en las siguientes.

El Lector.—Así lo haré, porque busco la verdad en todo, y mucho mas en las cosas que conciernen á mi salvacion. He oido hablar de la *Reforma* y de Lutero, el cual no era buen hombre, si hemos de dar crédito á un librito que los católicos propagan entre la gente pobre. Allí se dice que el mismo Lutero confiesa haber aprendido del diablo todo lo que escribió contra la iglesia de Roma. Yo puedo apénas creer que esto sea verdad.

El Autor.—Los católicos quieren persuadir al mundo de que Lutero fué el autor de nuestra religion. Es de esperar que los engaña su parcialidad, y que no cometen una mentira voluntaria, solo por puro despecho. Los que saben algo entre ellos estan bien persuadidos de que los protestantes no reconocen, en materia de religion, otro maestro que Cristo, cuyas instrucciones buscan y encuentran en los escritos inspirados de sus apóstoles y evangelistas, contenidos en el Nuevo Testamento. Es una vergüenza, sin embargo, que algunos católicos instruidos, se empleen en propagar la absurda alianza entre Satanas y Lutero, sabiendo, en primer lugar, que esta alianza es una ridícula ficcion, y, en

segundo que, aunque Lutero hubiera sido el peor de los hombres, (lo cual está mui léjos de ser la verdad) el caso seria lo mismo que si un ladron suministrase á un hombre de bien los medios de recobrar la hacienda que le habia usurpado una cuadrilla de desalmados. Poco nos importa que sean buenos ó malos los instrumentos que Dios ha querido emplear para librarnos de las imposturas y de la tiranía de la iglesia de Roma; de esa iglesia que, habiendose apoderado de la Biblia, nuestra legítima herencia, la distribuye en fragmentos al pueblo, mezclandola, y adulterandola con invenciones humanas.

Ellos son los que deben avergonzarse de sus papas, entre los cuales ha habido envenenadores, adúlteros, y reos de peores vicios: hechos que los católicos no se atreven á negar, porque constan en la historia, y hasta en decretos de concilios. Ellos son los que deberian avergonzarse de creer y declarar que semejantes hombres ocupan el lugar y ejercen la autoridad de Cristo en la tierra, y que todos los cristianos deben someterse á sus decisiones, como si procediesen del mismo Cristo ó de sus apóstoles.

Nosotros, los protestantes, no recibimos la verdad revelada por semejantes conductos. Estamos agradecidos á los reformadores protestantes, los cuales, arriesgando, y aun sacrificando sus vidas, dispertaron la atencion del mundo hácia los monstruosos abusos que los papas habian introducido en la Iglesia. Nuestros reformadores estimularon al mundo á sacudir la coyunda de hierro que los papas le habian impuesto en nombre de Cristo, pero no reclamaron la autoridad ni el despotismo que los papas han usurpado.

La gran diferencia entre la iglesia de Roma y nosotros es esta: la iglesia de Roma dice: "No sigais las Escrituras, sino seguidme á mí." Nosotros decimos: "No nos sigais sino en cuanto nosotros seguimos las Escrituras." Si el mismo Satanas nos encaminase hácia las fuentes puras de la revelacion y á la verdadera palabra de Dios, ¿no seria nuestro deber seguir las Escrituras, mas bien que ninguna autoridad humana?

El Lector.—Pero ¿hai algun fundamento para creer lo que los católicos propagan acerca de las conversaciones de Lutero con el diablo?

El Autor.—No hai otro fundamento que el odio encarnizado

de los clérigos católicos contra el reformador, por haber abierto los ojos de los hombres y descubierto la tiranía espiritual de los papas. Los romanistas llaman á Lutero instrumento del diablo, y aseguran que todas sus palabras fueron inspiradas por el príncipe de las tinieblas. De este modo aspiran á intimidar á los simples y á los ignorantes, para que cierren sus oidos á las grandes verdades que encierran las doctrinas de la Reforma.

"Bien," dice Lutero, dirigiendose á sus calumniadores, los doctores de la iglesia romana: "veamos si podeis responder á las razones que el diablo me ha suministrado para probar que la misa es un culto idólatra y anti-bíblico;" y sigue confundiendo á los doctores con argumentos incontrovertibles sacados del sagrado texto.

¿Qué mejor método podia adoptar para probar á sus abominables y necios calumniadores, que lo que ellos atribuyen al diablo es la pura y genuina declaracion de la palabra de Dios? Yo he examinado con el mayor esmero las obras de Lutero, y puedo aseguraros que todo lo que los católicos propalan contra él es una pura calumnia. Si quisieramos usar de represalías, nada seria mas fácil que confundirlos con la historia de sus papas: historia que no pueden contradecir, y por la que demostraríamos que muchos de aquellos personages hacian algo mas que hablar con Satanas, puesto que se le habian entregado, en cuerpo y alma.

Os hablaré tan solo por ahora de uno de ellos, español de nacimiento, reconocido por los católicos como jefe de su iglesia, y como representante de Jesus Cristo en la tierra. Tal fué Alejandro VI., el cual tuvo cuatro hijos de una concubina, con quien vivió muchos años. Los crímenes que cometió para enriquecer á su prole exceden á los de los mas perversos emperadores paganos. Despues de una vida encenagada en la mas diabólica corrupcion, murió de un veneno que tomó por equivocacion, habiendolo preparado para el enemigo de uno de sus hijos. Esto sucedió doce años ántes que Lutero apelase á las Escrituras, contra una iglesia que reconocia la suprema autoridad de hombres como el papa Alejandro, y cometia la blasfemia de llamarlo Vicario de Cristo. De este hecho podeis inferir á cual de los dos lados es mas probable que Satanas se incline.

El Lector.—¿Es posible que los católicos reconozcan por jefes a los papas, sin reparar en si son malos ó buenos?

El Autor.—Los reconocen en toda materia espiritual. Os explicaré en pocas palabras todo el sistema eclesiástico de los romanistas. El papa viene á ser un rei espiritual, y lo que él llama su iglesia, esto es, el conjunto de los obispos, esparcidos en todo el mundo, es como su espiritual parlamento. Como este parlamento no puede reunirse sin graves dificultades, y como solo el papa puede congregarlo, él es en realidad el que ejerce la autoridad suprema sobre todos sus súbditos espirituales.

Su modo de gobernar es el siguiente: publica una especie de bando ó proclama que se llama bula, y la envia á todos los puntos del globo habitados por católicos. Los obispos tienen que obedecer aquel mandato, como súbditos que son del que se arroga el título de obispo de los obispos. Cada obispo ordena á sus clérigos que den cumplimiento á lo que el papa prescribe. Los clérigos predican la necesidad de someterse al precepto de Roma, y cuando los fieles van á confesarse, les niegan la absolucion si no se someten á la bula.

Ya echais de ver que si todo el mundo fuera católico, la autoridad del papa no tendria límites. Así sucedió durante muchos siglos ántes de la Reforma. Los papas, en aquellos tiempos, declaraban sin rebozo que tenian autoridad, emanada de Dios, para deponer á los reyes de sus tronos; y muchas guerras sangrientas ha habido en el mundo, en virtud de la ambicion de los papas, que aspiraban á que todos los monarcas reconociesen su autoridad.

El rei de Inglaterra, Juan, se vió forzado por el papa á poner su corona á los pies de un clérigo, enviado por él para representarlo. Firmó ademas un instrumento público, por el cual cedia los reinos de Inglaterra é Irlanda al papa, reservandose el gobierno de estos estados, bajo la jurisdiccion de los obispos de Roma, y finalmente, en señal de sumision, se obligó á pagarle un tributo anual. El clérigo que representó al papa, se apoderó de la corona, y la guardó por espacio de cinco dias, para dar á entender que dependia de la voluntad del papa retenerla ó restituirla, como mas le pluguiese.

El Lector.—Pero ¿no decis que el papa solo reclama autori-

dad en materias espirituales, es decir en cosas pertenecientes al alma?

El Autor.—Sí, pero como el alma está en el cuerpo, el papa empieza siempre su gobierno espiritual por las cosas temporales y corporales. Hé aquí su modo de raciocinar: "Yo soi el vicario y el representante de Cristo en la tierra, y tengo á mi cargo las almas de todos los hombres. Hay un rei, en tal reino, que no cree en las doctrinas que yo enseño. Naturalmente esparcirá sus propias miras religiosas en aquella nacion, y por consiguiente es mi deber quitarle la corona de la cabeza. Supongamos que sus súbditos son verdaderos católicos, y naturalmente tienen que obedecer mis mandatos si quieren salvarse. Por tanto, expido una Bula prohibiendoles reconocer á su rei, y obedecerle, por ser un hombre que, aunque gobierne acertadamente sus intereses temporales, arruinará sus almas, y las expone á eterna perdicion."

El Lector.—¡Pues qué! ¿Es doctrina del papa que todos los que no adoptan su opinion se van al infierno?

El Autor.—Sí, por cierto. Es artículo expreso del símbolo de su fé, que ningun católico debe negar sin ser anatematizado por su propia iglesia, y dejar de pertenecerle.

Os diré cómo los papas llegaron á consumar su usurpacion, y vereis que el progreso de su tiranía fué cosa muy sencilla y natural.

Si leeis los *Hechos de los Apóstoles*, donde tenemos la historia inspirada de las primeras iglesias cristianas, hallareis que no se hace mencion alguna de una autoridad semejante á la que los obispos de Roma ejercieron despues. Roma en aquel tiempo era la dueña del mundo, gobernado despoticamente por sus emperadores. Al principio estos emperadores hicieron una feroz oposicion al cristianismo. Pero cesó la persecucion; los emperadores se convirtieron; y los obispos de Roma empezaron á creerse con derecho á ser en la iglesia de Cristo lo que el emperador era en el imperio. Entónces fué cuando se esparció la vana y falsa creencia de que Pedro habia sido obispo de Roma; que los papas eran sus succesores; que como Pedro habia sido el jefe de todos los Apóstoles, el papa debia ser el jefe de todos *los obispos;* y que como Jesu Cristo habia dicho á Pedro que él

era una piedra, y que sobre esa piedra fundaria su iglesia, todo papa, bueno, malo ó indiferente, debia ser la piedra en que la iglesia de Cristo estribase. El poder temporal de Roma dió cierto colorido á estas absurdas ficciones, porque Roma era á la sazon, con respecto á la mayor y á la mejor parte del mundo, lo que Londres es con respecto á Inglaterra y á todas sus posesiones. Bien sabeis que los hombres asocian ideas de superioridad á todo lo que procede de la capital de un gran imperio.

Sucedió sin embargo que poco tiempo despues de que los papas empezaron á enseñorearse de este modo, todo el imperio romano fué invadido por inmensos ejércitos de pueblos bárbaros, procedentes de las regiones del norte, donde hasta entónces habian vivido en selvas, nunca domados ni conquistados. En el curso de pocos siglos, estos hombres llegaron á ser dueños del imperio romano. Eran idólatras ignorantes; pero mezclandose con los cristianos, llegaron á abrazar el Cristianismo. La religion de Cristo, aunque desfigurada por los errores de los que la profesan, ejerce tal influjo en el alma, que los feroces conquistadores de Europa no pudieron ménos de respetarla. Los sacerdotes que los convirtieron, estaban en el interes del papa, y tubieron buen cuidado en enseñar á aquellos ignorantes todas las falsas pretensiones en que los obispos de Roma fundaban su superioridad. Todo lo que el sacerdote romano decia, era recibido como el evangelio, porque nuestros antepasados (y ya sabeis que todos descendemos de las tribus del norte) no sabian leer ni escribir, y eran ménos instruidos que los jornaleros de nuestros tiempos.

Así prosiguieron las cosas por espacio de algunos siglos, y la impostura se arraigaba á medida que se transmitia de una á otra generacion.

Hubo de cuando en cuando algunos pocos hombres que, en médio de la ignorancia general, se aplicaron al estudio de las escrituras, y no faltó entre ellos quien sostubiera que los papas eran usurpadores de la libertad cristiana. Pero los que se llamaban succesores de Pedro estaban muy léjos de imitar la mansedumbre de aquel santo apóstol, el cual, como habeis visto en la epístola de Pablo á los Gálatas, se sometió á las reprehensiones de este último. Léjos de eso, su tiranía llegó hasta el

punto de ordenar á los príncipes cristianos que quitasen la vida al que no reconociese la autoridad papal. Muchas matanzas se cometieron por órden de los papas, y aun hubo hombres que, sin ser malos ni crueles, estaban prontos á manchar sus manos en la sangre de los que Roma declaraba herejes.

Los usurpadores espirituales tenian una gran ventaja en aquellos tiempos en que el arte de la imprenta era desconocido. Era preciso escribir los libros que habian de leerse, de modo que, para copiar cien Biblias, era preciso emplear *siete mil dias*, ó cerca de veinte años, y pagar el trabajo de los que ejercian este oficio. Considerad, pues, cuanta seria la ignorancia de las masas acerca de la Escritura, cuando solo los mui ricos podian proporcionarse un ejemplar de los libros santos.

A medida que los conocimientos se esparcieron, se multiplicaron las protestas y las quejas contra Roma. Pero siempre se les respondia con el fuego y con la espada. Ademas, el clero se valia de un amaño vergonzoso. Siempre que algunos hombres se alzaban contra sus usurpaciones, se propalaban contra ellos las mas infames calumnias y se les acusaba de los mas torpes crímenes, y de la mas desenfrenada lujuria. En esto no hacian mas que imitar la conducta de los paganos de Roma contra los primeros cristianos; porque como estos y los enemigos de la tiranía de la Roma moderna estaban obligados á reunirse en secreto para evitar la persecucion y la muerte, sus enemigos hacian creer á los extraños que se ocultaban para abandonarse á los mas infames y viciosos excesos.

Esta maniobra era tanto mas odiosa, cuanto que á la sazon el clero de Roma estaba contaminado por la mas escandalosa disolucion, como lo confiesan sin rebozo sus mismos escritores.

Pero la Providencia no permitió que este estado de cosas durase largo tiempo. Desde el principio del siglo XII. se aumentó rapidamente el número de los que en várias y distintas partes de la Cristiandad se alzaron contra los errores y la tiranía de los papas, y esto á pesar de las feroces persecuciones que el clero les suscitaba. Sin embargo, los mismos médios, empleados en su daño, contribuyeron á preparar la derrota de la sede pontificia, que se verificó cuatrocientos años despues, mediante la predicacion de Lutero.

Como los que se oponian á la corrupcion del papismo no podian permanecer en los paises católicos sin exponerse á perder la hacienda y la vida, muchos de ellos se refugiaron en paises distantes, á saber Bulgaria, Hungria y Bohemia, de donde sus descendientes, animados por los mismos principios, regresaron muchos años despues y aumentaron el número de los verdaderos cristianos.

Habia tambien ciertas familias, ó tribus de simples pastores, que vivian separados del mundo en los valles de las montañas colocadas entre Italia y Francia. Eran tan pobres y tan desconocidos, que los papas, ó ignoraban su existencia, ó creyeron que no valia la pena de introducir entre ellos su adulterado cristianismo; así que estos felices campesinos conservaron, gracias á su pobreza y sencillez, las doctrinas de Cristo como las habian recibido de los primeros propagadores del evangelio, ántes que los papas las hubiesen desfigurado con sus invenciones.

Sus descendientes han continuado viviendo hasta ahora en aquellas mismas localidades, á pesar de las persecuciones atroces con que los persiguieron sus soberanos los reyes de Cerdeña, y que han cesado en estos últimos tiempos. Un viajero ilustrado que los visitó hace muchos años, me ha dicho que eran excelentes protestantes. Llámanse Waldenses.

Pero volvamos á mi narracion.

Los enemigos perseguidos del papa que volvieron de su destierro, reunidos á los que habian quedado ocultos en el centro de Europa, aparecieron en gran número, y, se llamaron Albigenses. El año de 1198 el Papa Inocencio III. despachó vários clérigos, con órden de destruirlos donde quiera que los encontrasen. Uno de los que mas destrozo hicieron entre ellos, es conocido y reverenciado por los católicos romanos bajo el nombre de Santo Domingo de Guzman. Fué el fundador de la Inquisicion, de que despues hablaré. Una de las mas importantes provincias de Francia se declaró enemiga de la sede romana; pero el papa prometió perdon de todos los pecados al rei de Francia y á sus magnates si se unian á él para destruir á aquellos desventurados. Podeis juzgar de los horrores que se cometieron en esta guerra por lo que sucedió en la toma de una ciudad de Francia llamada Bezières. Los Albigenses se habian encerrado

en ella, y habia en sus muros muchos católicos. Las tropas del papa iban á dar el asalto, cuando se ocurrió á los soldados la duda de cómo habian de distinguir los papistas de los Albigenses, á fin de no matar á los primeros y no dejar impunes á los segundos. Un clérigo á quien consultaron les respondió en estas palabras: "Matadlos á todos: Dios conocerá á los suyos." Oido lo cual, los soldados entraron en la ciudad y dieron muerte á 15,000 personas.

La misma persecucion, aunque no tan sangrienta, se extendió á España y á Inglaterra, donde treinta Albigenses fueron condenados á morir de hambre en Oxford.

Mi objeto al hacer mencion de estos hechos, es probar que á medida que crecian las luces y se familiarizaban los hombres con la Biblia, se aumentaba la oposicion á las usurpaciones del papa, y que la iglesia romana no careció de enemigos públicos sino cuando la ignorancia predominaba en el mundo, y se desconocian los libros en que se contiene la Revelacion. Los papas de nuestros dias estan tan convencidos de esta verdad, que han promulgado varias bulas contra las sociedades bíblicas de Inglaterra, porque es cosa sabida que, donde quiera que se lee la Biblia sin los comentarios y notas de los papistas, se multiplican los enemigos de Roma. ¿Puede ser acaso la única iglesia de Dios aquella cuyo mayor enemigo es la Palabra de Dios mismo?

El Lector.—Seguro que no; pero ¿no hubo verdadera iglesia de Dios desde el tiempo en que empezó el papismo hasta la Reforma? Me acuerdo haber leido en una obra católica que, puesto que Jesu Cristo habia prometido que las puertas del infierno no prevalecerian contra su iglesia, la católica romana deberia ser la única verdadera.

El Autor.—Ese es uno de los argumentos favoritos de los romanistas: pero no tiene mas fundamento que sus fantasías sobre la infalibilidad de su iglesia. El Salvador no prometió nunca que ninguna iglesia particular estaria exenta de error: sino que nunca lograrian los amaños y los ataques del infierno apagar la luz del evangelio. Tal es el sentido, en este caso, de la voz *prevalecer*. La luz de la Revelacion estaba harto empañada y oscurecida, ántes que Lutero y los otros reformadores estableciesen la nueva doctrina. Otros, ántes que ellos, se

habian quejado de aquella oscuridad, y habian hecho grandes esfuerzos para disiparla; pero aun no estaban maduros los planes de la Providencia. El saber era mui escaso ántes que la imprenta multiplicase los libros y propagase la Biblia. Las prensas habian estado esparciendo por todas partes los conocimientos humanos, setenta años ántes que Lutero alzase la voz, y el evangelio brillase otra vez en todo su primitivo esplendor. La antorcha era la misma que Cristo habia colocado en el candelero: el papa la habia ocultado debajo del celemin; pero Lutero, despreciando las amenazas del tirano espiritual, arrancó de sus manos la antorcha, y le restituyó el mismo brillo que tenia, cuando los apóstoles la exhibieron á los ojos del mundo. Cualquiera que considere el estado del evangelio ántes de la Reforma, se convencerá de que Lutero fué el instrumento de que Cristo se valió para evitar que Satanas triunfase de su iglesia.

El Lector.—¿Cuál es pues la iglesia contra la cual ha dicho Cristo que no prevaleceria Satanas?

El Autor.—Os responderé con otra pregunta, aunque penseis que no viene al caso. ¿Cuál es el arado cuyas obras pedimos á Dios que bendiga?

El Lector.—Creo que no se trata de este ni del otro arado. Lo que pedimos á Dios en este caso es que bendiga y fecunde los trabajos del hombre que contribuyen á su subsistencia.

El Autor.—Mui bien. Pues suponed ahora que Dios prometió en la Escritura que el mal no prevaleceria contra el arado, ¿qué entenderiais por aquellas palabras?

El Lector.—Su significacion seria, en mi sentir, que nunca habria hambre en toda la tierra, ó que no se perderian todas las cosechas al mismo tiempo de tal modo que fuera imposible producir granos.

El Autor.—Y ¿qué diriais si una pandilla de labradores, capitaneados por un poderoso, se estableciera en la capital del reino, y aspirase al monopolio del trigo, diciendo al gobierno: "Sacad la espada para defender nuestros derechos, porque Dios ha dicho que el mal no prevalecerá contra el *arado*, y el *arado* significa nosotros y nuestro jefe, establecidos en Londres, que es la primera ciudad del mundo?"

El Lector.—Diria que eran unos malvados, ó que estaban

locos, y que, en uno ó en otro caso, lo que pretendian era que todos los otros labradores fuesen sus contribuyentes.

El Autor.—Aplicad ahora lo que habeis dicho al uso que los papas y sus cardenales han hecho de la promesa de Cristo, que las puertas del infierno no prevalecerian contra su iglesia. *Iglesia*, en este pasaje, debe entenderse como *arado* en el ejemplo que os he puesto. Significa el Cristianismo, en general, no el Cristianismo contenido en los muros de cierta y determinada ciudad: por tanto, el sentido de la promesa es que el diablo no conseguirá jamas abolir la fé en Dios por medio de Jesus Cristo, tal como ha sido publicada en el evangelio, y no que el papa ha de tener siempre razon, y ha de interpretar la lei de Dios á su antojo, y mucho ménos que el obispo de Roma es el señor espiritual de todos los cristianos esparcidos en la superficie de la tierra.

El Lector.—¿En qué consiste una iglesia [verdadera]?

El Autor.—En que siga las doctrinas de los apóstoles y de su divino maestro, como se hallan consignadas en los libros del Nuevo Testamento, [y en que consista de los] que, llamados por la gracia de Dios á tener fé en su hijo Jesus Cristo, han conformado y conforman su fé y sus vidas á la regla de las Escrituras, fundando las esperanzas de su salvacion eterna en las promesas que aquellos sagrados libros contienen.

El Nuevo Testamento es la constitucion original de los cristianos. Todo lo que no está allí es un abuso mas moderno que la constitucion misma. Es cierto que las adiciones hechas por la iglesia de Roma son antiguas, pero el sano y sólido cimiento sobre el cual construyó su fantástica estructura es mas antiguo todavía. Ese fundamento es el evangelio.

En nuestra proxima conversacion, os hablaré de las innovaciones introducidas por los romanistas en la pura fé de Jesus Cristo, tal como se contiene en los libros del Nuevo Testamento.

DIALOGO III.

LAS INNOVACIONES DE ROMA: TRADICION, TRANSUBSTANCIACION, PURGATORIO, INDULGENCIAS, CONFESION AL SACERDOTE, VENERACION DE RELIQUIAS, IMAGENES, FALSOS MILAGROS.

El Autor.—Os prometí, en nuestra última reunion, dares cuenta de las innovaciones que ha hecho la iglesia de Roma, y de las adiciones humanas con que ha adulterado las doctrinas puras del evangelio. Pero ántes de empezar, quisiera saber vuestro dictámen sobre un caso de que he oido hablar hace algun tiempo. Dos islas, que no distaban mucho una de otra, y que reconocian la autoridad del mismo soberano, recibieron cada una su gobernador respectivo. Uno de los gobernadores se presentó al pueblo de su isla, con su nombramiento en una mano, y en la otra, el código de las leyes coloniales. "Señores," dijo, "aquí está el diploma que me autoriza á gobernaros con arreglo á estas leyes. Voi á mandar que se impriman, y cada uno de vosotros tendrá un ejemplar de ellas. Si alguno de vosotros cree descubrir que abuso de mi autoridad, y que no me someto á esas leyes en los actos de mi gobierno, puede examinar la materia y consultarla con sus amigos. Si, despues de esto, no se siente inclinado á continuar viviendo bajo mi jurisdiccion, puede irse á la otra isla, sin temor de que yo lo moleste, llevándose consigo todos sus bienes."

El otro gobernador siguió otra conducta diferente. Se presentó en la capital con toda la pompa y la ostentacion de un monarca. Hizo saber á los pueblos, que tenia autoridad, conferida por el rei, no solo de gobernar sin someterse á las leyes coloniales, sino de hacer leyes nuevas á su arbitrio y voluntad.

Al mismo tiempo, empleó á sus subalternos en recojer todos los ejemplares de las leyes coloniales que existian en el pais, y promulgó graves penas contra el que leyese aquel libro sin su permiso, ó en un ejemplar que no tuviere las interpretaciones y comentarios que él habia mandado poner á las leyes. Algunos hombres resueltos, le presentaron un memorial en que exponian que estaban mui conformes en obedecer y respetar toda autoridad que emanase de su legítimo soberano: pero que creian tener derecho á poseer el código á que debian sujetarse; que si el monarca lo habia autorizado á formar nuevas leyes, ellos estaban dispuestos á obedecerlas, con tal de que se les enseñase el documento que contenia aquella autorizacion. El gobernador entró en furor al oir esto, y se negó á exhibir el instrumento que se le pedia, añadiendo que el rei no le habia conferido aquel privilegio por escrito, sino por médio de un mensage verbal, y, finalmente, que si los isleños no lo obedecian, haria uso de la fuerza para hacerse obedecer. Los de la isla insistieron: "Probadnos de cualquier modo," decian, "que habeis recibido esa autorizacion y os obedeceremos." "Apoderaos de esos pícaros," dijo entónces el gobernador; "y mueran en las llamas."

Esta órden fué ejecutada al pié de la letra. Algunos procuraron escaparse de la isla: pero todas las puertas estaban ocupadas por tropas que les cerraban el paso, y todos los que fueron sorprendidos en el acto de fugar, murieron á los filos de la espada, ó fueron encerrados en horribles calabozos, de donde no salieron mas sino aquellos que prometieron obedecer los mandatos del gobernador, como si fueran parte de la legislacion de las colonias. Para completar este cuadro, os diré que no habia una sola lei de las que el gobernador añadió al código primitivo que no proporcionase riqueza y poder, tanto á él mismo, como á sus subalternos y satélites. Ahora os pregunto: ¿bajo cual de estos gobernadores aconsejariais á un hombre de bien que viviese?

El Lector.—Indudablemente bajo el primero.

El Autor.—¡Qué! ¿Sin ulterior exámen? ¿Sin tomar conocimiento de las leyes coloniales? ¿Sin oir las razones del otro gobernador?

El Lector.—Si no os he entendido mal, el gobernador tirano

(porque no merece otro nombre) desdeñaba hacer uso de la razon para convencer á sus súbditos; queria que lo creyesen bajo su palabra, y castigaba con la muerte á los que le resistian. Es un impostor, es un usurpador el hombre que funda su autoridad en su palabra, y su palabra en la tiranía.

El Autor.—¡ Ai, amigo! ¡ qué bien habeis fallado el caso! Ese hombre es el papa. Mi palabra se aplica exactamente á la causa pendiente entre los católicos romanos y los protestantes. Nosotros, los ministros protestantes declaramos á los fieles que no tenemos mas autoridad que la que nos confiere la Escritura para enseñanza y edificacion del pueblo. El que quiera dejarnos, puede hacerlo con toda libertad, porque no usamos de amaño ni violencia para retenerlo en el seno de nuestra congregacion. A los que permanecen bajo nuestra custodia, no damos otra lei ni otra regla que la Escritura.

El papa, al contrario, quiere que acudamos á él, que nos pongamos en sus manos, y quiere persuadirnos de que quien desecha su autoridad incurre en eterna perdicion. Le pedimos la prueba de que Dios ha limitado la salvacion, depositandola exclusivamente en sus manos.

Me responde que ha recibido la facultad de interpretar á su arbitrio la palabra divina, y añadirle nuevos artículos de fé; y que, en virtud de este poder, los cristianos deben creer á ciegas lo que él afirma.

Le replico que no vacilaria en obedecerlo, si encontrase en la Biblia un pasage que confiriese al obispo de Roma y á su iglesia la prerogativa de interpretar infaliblemente la Escritura, y de añadir otros preceptos á los que ella sanciona: mas que, puesto que no hallo nada de esto en las sagradas páginas, no creo en el papa, tanto mas cuanto que él es quien gana en poder y en bienes temporales, forzando la interpretacion de aquellos pasages en que funda su superioridad.

Entónces se enfada, me llama herege, y protesta que la Escritura está clara en cuanto lo declara cabeza de la iglesia y vicario de Jesus Cristo.

"Pero, señor mio," le digo yo, "si la cosa es tan clara como aseguráis, ¿por qué os asustais tanto cuando veis la Biblia en manos del pueblo? Si teneis un nombramiento que emana de

Dios ¿por qué no dejais que hombres, mujeres y niños lo lean y examinen?"

"Porque son unos ignorantes," responde el papa.

¡Ignorantes! ¿Es el niño mas tierno bastante ignorante para desconocer la persona que su padre ha escojido para educarlo? ¿Ha de venir una persona extraña á tomar á su cargo al niño, sin que el padre le diga: "Este es tu maestro: obedécelo como á mí mismo?" Justamente lo único que el niño puede entender es el nombramiento del hombre que ha de ser su maestro, y ¿se nos queria hacer creer que, porque la mayoría de los cristianos son niños en sabiduría, han de creer ciegamente al hombre, con la vara en la mano, diciendoles, "seguidme y obedecedme sin replicar, porque para conduciros y gobernaros estoi autorizado por vuestro padre?" "Enseñame esa órden," dice el cristiano. "Eres un niño," responde el papa, "y no tienes bastante razon ni inteligencia para comprenderla."

"Me basta," replica el otro, "con ver vuestro nombre en ese documento." "No," insiste el papa: "mi nombre no consta en él: pero consta el del apóstol Pedro. Pedro estuvo en Roma, y en Roma estoi yo ahora, y, por consiguiente, soi el heredero legítimo de su autoridad, y á esta autoridad debeis someteros."

"Pero decidme, señor papa, ¿se hace mencion en ese documento de haber estado [el apóstol] Pedro en Roma?" "No: pero yo lo digo, y basta."

Otro pregunta: "¿Dice el documento que Pedro tuvo ó debió tener mayor autoridad en el mundo cristiano que los otros apóstoles?" "No: pero lo digo yo."

"Con que, segun eso, toda vuestra autoridad se funda, no en ninguna declaracion ni autorizacion de nuestro Padre Celestial, sino en vuestra palabra sola. Si es así, yo no puedo obedeceros: si me teneis por un niño imbécil, dadme instructores que me lean las palabras de mi Padre, sin imponerme otros preceptos que los que aquellas palabras sancionan."

¡Felices, amigo mio, los cristianos que pueden hablar de este modo, fuera del alcance de la autoridad papal! porque, debeis saber que es hombre terrible, capaz de arrancar el pellejo á todo el que no se somete á su despotismo. Dios sabe los

tormentos que me estarian reservados si cayese en sus manos ó en las de sus satélites.

El Lector.—Ya estoi viendo que el papa es como el gobernador tirano de quien habeis hablado ántes. Funda todos sus derechos en su palabra y en su autoridad, y sostiene su autoridad con la espada. Pero lo que mas me asombra es el miedo que tiene á la Escritura. Si la Escritura le es favorable, no debe oponerse á su circulacion. Creo haberos oido decir que el papa ha introducido en la iglesia muchas cosas que no estan en la Escritura.

El Autor.—Muchas, por cierto, y lo mas notable es que de todas esas cosas saca provecho. Empecemos por la palabra *Tradicion.* Los romanistas declaran que las Escrituras solas no bastan para la salvacion; que hai una palabra de Dios *oida,* superior á la palabra de Dios *escrita.* Aseguran que solo por la palabra *oida,* (porque no es otra cosa la tradicion) deben interpretarse las Escrituras, así que, si la Escritura dice *blanco,* y la tradicion dice *negro,* todo católico tiene obligacion de creer que *blanco* significa *negro* en la palabra de Dios escrita.

El Lector.—Pero ¿cómo puede un hombre fundar su creencia en lo que sabe *de oidas?* Notoria es la flaqueza de este modo de adquirir conocimientos.

El Autor.—Los clérigos romanistas se arrogan el privilegio de una inspiracion perpétua; un conocimiento milagroso que les sirve para distinguir la tradicion verdadera de la falsa. Pero no alegan ninguna prueba de esta maravilla, y exigen que se les crea sobre su palabra.

El Lector.—¿Y quién, segun ellos, ejerce esa facultad?

El Autor.—Sus teólogos no estan de acuerdo sobre este punto. Unos dicen que el papa: otros que el concilio.

El Lector.—Se me ocurre una dificultad. ¿No sabemos nosotros por oidas, ó por una especie de tradicion que el Nuevo Testamento fué escrito por los evangelistas y por los apóstoles? Luego ya veis que la tradicion es un buen fundamento de la fé.

El Autor.—Si tubierais los títulos de una hacienda, heredada de padres á hijos hasta que llegó á vuestra posesion, y un procurador viniera á deciros que sabe *por oidas,* que el fundador del caudal mandó á sus descendientes entregar la hacienda á los del

mismo procurador, explicando las palabras de los títulos en conformidad con aquella tradicion ¿qué diriais de pretension tan exorbitante?

El Lector.—Agarraria al procurador por un brazo y lo arrojaria de mi casa. Sin embargo, la comparacion no me parece justa: porque los títulos de una hacienda son una cosa sustancial y palpable, y es fácil saber si el poseedor los recibió del padre, y este del abuelo, y este del visabuelo, y así de uno á otro hasta llegar al fundador: pero en palabras habladas no se echan firmas, ni se ponen sellos.

El Autor.—Ya habeis respondido claramente á uno de los argumentos mas fuertes con que los romanos quieren defender sus tradiciones. En tanto que los cristianos, que habian recibido instrucciones de la boca de los apóstoles, vivieron y formaron congregaciones ó iglesias, pudo decir Pablo á los de Tesalónica: "Conservad las tradiciones que se os han enseñado verbalmente ó por escrito;" porque estaban seguros que las palabras que habian oido eran del mismo Pablo, ó de sus compañeros en el apostolado. Pero ¿con qué señal conoceremos las palabras no escritas, ó cómo distinguiremos su legitimidad despues de haber pasado por tantas generaciones?

El Lector.—Pero al cabo ¿qué ventajas saca el papa de todas esas tradiciones?

El Autor.—Muchas que le son altamente ventajosas, porque todo ese monstruoso sistema de poder y superioridad, que tanto nos escandaliza, no tiene otro fundamento que la tradicion verbal ó de oidas. Sabeis que uno de los principales artículos de la iglesia romana, es la *Transubstanciacion.* Este artículo no se encuentra en las Escrituras: porque aunque nuestro Salvador dijo del pan, "Este es mi cuerpo;" y del vino, "esta es mi sangre," los apóstoles no pudieron entender estas palabras en un sentido físico, como si Cristo les dijese que tenia su propio cuerpo en sus propias manos, lo cual ya veis que seria una cosa absurda. Por esto Pablo no creyó que el pan y el vino se convertian en el Cristo material por médio de las palabras de la consagracion, y aunque llama á estos signos comunion del cuerpo y de la sangre de Cristo, tambien en la primera epístola á los Corintios (xi. 26-28) los llama pan y caliz.

Los romanistas, sin embargo, descubrieron que haciendo creer al pueblo que cualquier sacerdote puede hacer bajar á Jesus Cristo á sus manos solo con pronunciar algunas palabras, lograria el clero que los legos le tributasen una veneracion casi semejante al culto.

Pero ¿cómo podia hacerse esto sin el socorro de la tradicion? Se dijo pues, y se enseñó en las escuelas, y se sancionó por los concilios, que despues de las palabras de la consagracion cada partícula del pan y del vino se convertia en el cuerpo y en el alma de nuestro Salvador; que si se rompe una hostia consagrada en átomos, cada uno de ellos contiene todo un Dios y todo un hombre; y (casi me horrorizo de lo que voi á decir) que si, como ha sucedido muchas veces, un raton come parte de la hostia consagrada, come ciertamente el cuerpo de Cristo; por último, que si una persona experimenta un cólico inmediatamente despues de haber comulgado, y arroja lo que tiene en el estómago, la inmundicia debe guardarse cuidadosamente en el sagrario. De esto último he sido yo testigo. Podria referiros otros hechos no ménos chocantes á los ojos de cualquier cristiano, y con los cuales ya se han familiarizado los romanistas.

No debo sin embargo abandonar este asunto sin indicaros las ventajas que la doctrina de la transubstanciacion atrae al clero romano, para que veais el partido que saben sacar de la tradicion.

Ya os he hablado de la veneracion supersticiosa con que los católicos romanos miran á sus sacerdotes. Las personas de toda clase les besan la mano, inclusos los príncipes de su comunion, aunque el sacerdote pertenezca por su nacimiento á la plebe mas ínfima. Se enseña á los niños á estampar sus labios en aquellas manos, á las cuales se les dice que el mismo Salvador del mundo baja diariamente.

Las leyes de los paises católico-romanos, con respecto á los sacerdotes, estan impregnadas de este espíritu de supersticioso privilegio. Un sacerdote, aunque cometa el crimen mas espantoso, no puede ser juzgado por los tribunales ordinarios. Muchos asesinatos horribles han sido cometidos por sacerdotes en mi patria; pero no hai un solo ejemplo de que el reo haya sido condenado a muerte, excepto cuando el asesinado era tambien sacerdote,

Conozco á la hermana de una joven que fué herida en el corazon á la puerta de la iglesia donde su asesino, que era su confesor, le habia dado pocos momentos ántes la absolucion. La mató en presencia de su madre, para estorbar el casamiento de la infeliz, el cual debia verificarse el mismo dia. Este monstruo no murió en el cadalso, porque era sacerdote.

¿Qué es lo que puede asegurar al clero tan monstruosa impunidad, si no es la creencia en la transubstanciacion? Todo esto se funda solamente en la tradicion, porque sin este apócrifo manantial de la revelacion, seria imposible hacer creer á naciones enteras que un sacerdote puede convertir en Dios á un poco de harina y agua.

El Lector.—Creo que esa doctrina tambien fué útil al clero bajo otros aspectos.

El Autor.—Es en efecto para el clero católico una fuente inagotable de ventajas. La idea de que el sacerdote tiene el poder de ofrecer el cuerpo mismo y la persona viva de Cristo en la misa, preparó el camino para otra doctrina no ménos absurda, á saber, que *la misa es la repeticion del gran sacrificio de Cristo en la cruz.* Es un dogma de su fé que el sacerdote que celebra el *sacrificio incruento*, como le llaman, puede aplicar todo el beneficio que de este rito resulta, á la persona que nombra en la oracion que se llama *secreta*, ántes y despues de la consagracion. Ya veis, si se apresurarán los fieles á aprovecharse de tamaño beneficio para obtener el favor de los santos, mandando decir misa en su obsequio, y para sacar del *purgatorio* por los mismos médios las almas de sus parientes y amigos.

El Lector.—He oido hablar mucho del *Purgatorio:* pero no he podido entender la doctrina de los romanistas acerca de esta parte de su creencia.

El Autor.—Creen que es un lugar mui semejante al infierno, donde las almas de los que han muerto despues de haber recibido la absolucion, estan destinadas á recibir cierta clase de pena, á la manera que, en el órden de la justicia humana, el reo á quien se perdona la vida va por algunos años á presidio. Los católicos atribuyen á la pena y al dolor el poder de agradar á Dios, en cuya opinion se descubren los restos de una antigua heregía. De ese principio nació la idea del purgatorio, y de él nace

tambien el uso de los azotes, los ayunos y las otras mortificaciones que muchos católicos practican con tanto rigor que algunos de ellos casi exponen sus vidas con tanto padecimiento.

El Lector.—He oido decir que lo mismo hacen los paganos de la India.

El Autor.—Hai en efecto mucha semejanza entre las prácticas de esos paganos, y no pocas de las que ha adoptado la iglesia de Roma: pero no perdamos de vista el orígen de la tradicion, ni las ventajas que de ella han sacado los papas. La tradicion es el único fundamento de la doctrina del purgatorio, y una vez recibida por los fieles, llegó á ser una mina de oro para el papa y para su clero. Logróse este fin, haciendo creer al pueblo que el papa, como vicario de Cristo, tiene el poder de libertar y sacar las almas del purgatorio, por médio de lo que ellos llaman *Indulgencias*. Estas se vendian publicamente en todos los reinos de Europa ántes de la Reforma, con tanto exceso, que aun los reyes y gobiernos mas adictos al papa, se le quejaron amargamente de las vastas sumas de dinero que la venta de las indulgencias arrancaba de sus respectivos territorios. Son incalculables los tesoros con que por este médio se ha enriquecido el clero, y la razon es clara: era el interes de los papas ligar estrechamente la doctrina del purgatorio con la de la transubstanciacion, por médio de las misas celebradas en favor de las almas. Si la misa es, segun ellos, la repeticion del gran sacrificio de la cruz, y si el sacerdote tiene la facultad de aplicar el beneficio de la misa á quien quiera, se infiere que, aplicado este beneficio á un alma del purgatorio, es mui probable que el alma se liberte de aquellas llamas y pueda entrar en el cielo. ¿Cuál es el hombre que, creyendo en esta doctrina, repare en gastar su dinero, sabiendo que sus parientes mas cercanos estan clamando por una misa que ponga fin á sus tormentos? Así es que ningun católico romano deja de pagar misas, en cuanto sus facultades se lo permiten, por las almas de sus parientes y amigos. Las hermandades ó cofradias llamadas de las ánimas, se emplean en colectar fondos para pagar estos sufragios en favor de las almas de los cofrades difuntos. De estos fondos se lleva una cuenta exacta, y si algun cofrade muere sin haber satisfecho su cuota, ha de pagar en tormentos del purgatorio la deuda metálica que ha contraido; de

donde resulta que, en aquel lugar, la diferencia entre pobre y rico es todavía mayor, que en esta vida. El rico puede pecar á sus anchas y pagar la cuenta en misas: el pobre tiene que pordiosear á las mismas puertas del cielo, ó confiar en los ahorros que ha depositado en la cofradia, ó aguardar su salvacion de la caridad del rico; de modo que el purgatorio puede llamarse con toda propiedad *la prision por deudas* del infierno.

El Lector.—Quizas diran los clérigos que Dios no permite á los ricos salvarse por médio de las misas que pagan, sino que las aplicará en beneficio de los pobres.

El Autor.—Así lo dicen en efecto, cuando se les demuestra lo absurdo de su doctrina: pero aun de este mismo argumento han sabido sacar partido para aumentar sus ingresos. Dicen: "Puesto que ningun hombre está seguro de que le aprovechen los sufragios que se hacen en su nombre, conviene que los ricos multipliquen las contribuciones, para que á cada uno le toque su vez." Ya veis que las mismas dudas que podrian desacreditar la mercancia del papa, se han convertido ingeniosamente en médios de aumentar su venta. Si no fuera por este nuevo descubrimiento, que Dios aplica al pobre, que lo merece, las misas ó las indulgencias pagadas por el rico, una misa ó una indulgencia en favor de cada alma, bastaria para dejar vacío el purgatorio en poco tiempo. Pero el caso es mui diferente, cuando queda en duda el efecto del sufragio: pues en esta duda, lo mas seguro parece seguir pagando sufragios, hasta donde alcancen las fuerzas del devoto.

El Lector.—¿Qué quiere decir *Indulgencia?*

El Autor.—De aquel maravilloso tesoro de conocimientos llamado *tradicion*, ha sacado el papa el descubrimiento de un inagotable repuesto de méritos espirituales, cuya llave él solo posee, así que puede distribuirlos en toda propiedad á los que los necesiten, por no haberlos contraido en sus acciones y conducta. Por ejemplo, un hombre comete un adulterio, un asesinato ó cualquier otro crímen; mas todavía, su vida ha sido un tejido de horribles iniquidades: pero se arrepiente á la hora de la muerte; el sacerdote lo absuelve, y su alma va al purgatorio. Allí puede quedarse millones de años: pero si un alma piadosa le proporciona una indulgencia plenaria del papa, ó si la obtiene

ántes de morir, de repente adquiere todos los méritos que le faltaban, y se va en derechura al cielo.

El Lector.—Señor ¿estais hablando seriamente?

El Autor.—No teneis mas que tomar en la mano un almanaque de cualquier pais católico romano, y vereis marcados los dias en que cada individuo tiene licencia del papa para sacar ánimas del purgatorio, por médio de una indulgencia plenaria. En España, el rei es quien vende estas indulgencias. Las compra por mayor en el gran almacen de Roma, y las despacha por menor, con mucha ganancia.

Ya os he dicho, amigo mio, y continuaré probando que no hai una sola doctrina en que los papistas difieran de los protestantes, que no se convierta en manantial de riqueza y poderio para el clero. Podria llenar volumenes con ejemplos de esta clase: pero me urge el tiempo, y quiero deciros algo acerca de la *Confesion.* ¿No percibis en un instante que el que tiene en sus manos la conciencia de un hombre, tiene á todo el hombre en su poder?

El Lector.—No cabe duda en ello, y ademas, mientras mejor sea el hombre, mas sometido estará al sacerdote, porque *este* es su conciencia, y el hombre honrado no debe hacer mas que lo que la conciencia le sugiera.

El Autor.—Jamas se ha fraguado en el mundo un plan de usurpacion y tiranía igual al que ha tenido el atrevimiento de establecer la iglesia de Roma. Su objeto es privar al hombre de su entendimiento y de su voluntad, y convertirlo en instrumento ciego de sus designios. Ella proclama que la perfeccion de la fé consiste en reducir el alma á una fé implicita en todas las doctrinas que ella profesa, no solo sin exámen, sino con la prévia resolucion de adoptarlas, parezcan falsas ó verdaderas al que en ellas reflexiona.

El abandono, la abdicacion de la conciencia propia en manos del sacerdote, es el mas alto grado de perfeccion á que puede llegar el romanista. No vacilo en asegurar, y puedo declararlo en presencia de todo el mundo, que el católico romano no puede tener un entendimiento, una voluntad y una conciencia suyas, sin obrar directamente contra los deberes que su religion le impone.

El Lector.—No entiendo bien la creencia de los romanistas en la necesidad de *la Confesion.*

El Autor.—Segun las doctrinas de la iglesia católica romana, es absolutamente indispensable para recibir la absolucion, declarar todo pecado cometido por pensamiento, palabra ú obra, y al mismo tiempo enseña que sin confesion, excepto la imposibilidad absoluta, Dios mismo no puede perdonar los pecados. El mas sincero arrepentimiento, segun ellos, no basta para salvar á un pecador sin la confesion y la absolucion, cuando es posible obtenerla de mano de un sacerdote. Por otra parte, aseguran que un arrepentimiento imperfecto, fundado solamente en el temor del infierno, que ellos llaman *atricion*, basta para salvar al pecador que se confiesa y á quien absuelve el sacerdote.

El objeto palpable de unas doctrinas tan contrarias á la Escritura, en su letra y en su espíritu, es constituir al clero en dueño absoluto de las conciencias. El católico romano tiene obligacion de confesarse, bajo pena de excomunion, á lo ménos una vez en el año, y esta confesion es la revelacion de los mas íntimos secretos de su alma; de modo que, si la vergüenza le impide revelar un solo pecado, no solo la absolucion es inútil, sino que lo hace reo de sacrilegio.

Los efectos de esta esclavitud, la repugnancia que hai que vencer, particularmente en la gente jóven, y la frecuencia de las malas confesiones, aun sabiendo que por este médio aumenta su pecado, son cosas de que solo un sacerdote católico-romano puede tener idea.

El Lector.—Yo creia que la confesion obraba en la conciencia de los hombres como una barrera, y que por su médio se restituian muchas veces los bienes mal adquiridos.

El Autor.—No puedo oir sin indignacion ese mezquino paliativo con que los escritores romanos quieren justificar una innovacion tan opuesta al evangelio. Parece que, para sostener sus doctrinas, no vacilan en sobornar la codicia de los hombres. En una materia en que estan tan intimamente ligados los intereses de la religion y de la moralidad, parece una especie de insulto alegar la posibilidad de recobrar dinero por médio de un sacerdote, como para evitar que se fije la atencion en los mons*truosos* males que la confesion trae consigo.

La verdad es que la restitucion no es mas comun ni mas probable entre los católicos romanos que entre las demas fracciones del Cristianismo. No hai un protestante que no crea firmemente que la restitucion es absolutamente necesaria para obtener el perdon de Dios. Aunque no he vivido mas que quince años en un pais protestante, ha llegado á mi noticia el caso de una restitucion hecha por una persona pobre, á quien la gracia de Dios habia iluminado. He sido muchos años confesor en España, y por mi propia experiencia puedo asegurar que la confesion no añade el menor grado de probabilidad á la restitucion de los bienes mal adquiridos. Creo, al contrario, que la generalidad de los católicos romanos tiene tal confianza en el poder misterioso que atribuye á la absolucion, que no es mui escrupulosa en observar las condiciones que el confesor le ha impuesto. El protestante que sinceramente desea el perdon de Dios, sabe que no puede obtenerlo sin la firme resolucion de restituir lo que no le pertenece. Pero cuando el romanista ha asegurado al confesor que hará todo lo que pueda para reparar el perjuicio que ha ocasionado, las palabras de la absolucion tienen para él cierto encanto que, removiendo de una vez la culpa, lo absuelve de toda obligacion ulterior.

Uno de los mayores males de la confesion es que ha cambiado el verdádero arrepentimiento predicado en el evangelio, aquella conversion [del corazon] y mudanza de vida, [que son necesarias para] la remision de los pecados por médio de Cristo, en una ceremonia que impone silencio al remordimiento, con el pequeño sacrificio de un dolor dudoso y pasagero por las ofensas anteriores.

A medida que el dia de la confesion se acerca (lo cual para la mayor parte de los católicos no es mas que una vez al año) el penitente se muestra agitado y pesaroso. Confunde la vergüenza de una revelacion repugnante con el arrepentimiento sincero y el dolor profundo de haber ofendido á Dios. Al fin emprende la desagradable taréa, y se siente aliviado de un gran peso. Ha cerrado la cuenta de lo pasado, y abre otra nueva, contrayendo deudas espirituales, como si aquel peso de que ya está libre lo dejara en aptitud de pecar de nuevo. Esto lo sé por experiencia, como confesor y como penitente.

Bajo estos dos caracteres, y por la misma experiencia, puedo aseguraros que la práctica de la confesion es *excesivamente perjudicial á la pureza del alma, tan recomendada en la Escritura.* En la confesion no se puede prescindir de ciertas confidencias inmundas : el confesor, en descargo del deber que le impone su iglesia, tiene que oir las descripciones mas abominables de toda clase de pecados. Es de su obligacion examinar hasta las mas pequeñas circunstancias de la vida mas corrompida y desordenada. Hombres y mujeres, jóvenes y viejos, casados y solteros, estan obligados á descubrir al confesor los mas secretos pensamientos y acciones, que, ó son pecados en sí mismos, ó pueden llegar á serlo por circunstancias accidentales.

Considerad el peligro á que el confesor mismo se expone : peligro tan inminente, que los papas se han visto precisados en dos ocasiones á promulgar leyes severísimas contra los clérigos que se valian de la confesion para seducir á las mujeres penitentes.

No puedo extenderme mucho sobre este punto por no faltar á la decencia ; pero no concluiré sin observar que ninguna invencion del catolicismo iguala á esta, en cuanto al poder que deposita en manos del sacerdocio. Una de las grandes dificultades para establecer un gobierno libre y racional en paises católicos, consiste en la oposicion que naturalmente hacen los confesores á reformas de esta clase. Un confesor puede promover la traicion misma con toda seguridad, á favor del secreto que envuelve sus funciones. Pero sin aludir á reformas políticas, el influjo del confesor de un rei [consagrado á su iglesia] es tan exorbitante, que en tiempo de la Constitucion Aragonesa se hizo una lei para prohibir que el rei eligiese su confesor, y la eleccion quedaba reservada á las Cortes.

El Lector.—No comprendo cómo ha podido la iglesia de Roma conseguir de los hombres que se sometan á una práctica tan repugnante y peligrosa como la confesion.

El Autor.—Ese enorme abuso, como todo el sistema romano, ha ido creciendo de un modo imperceptible y gradual. En la primitiva iglesia cristiana habia la práctica de excluir al pecador escandaloso, hasta que acreditase su arrepentimiento, confesando

sus excesos delante de toda la congregacion de los fieles. En el curso del tiempo se vino á [considerar] esta disciplina [como] impracticable, y en lugar de un acto público de humillacion, se introdujo la declaracion privada, ante el obispo, solamente de aquellos pecados que habian dado lugar á la exclusion. Los obispos, poco tiempo despues, empezaron á confiar estos actos de reconciliacion á algunos indivíduos de su clero, y á favor de la ignorancia que reinaba en aquellos tiempos, llegaron á creer los hombres que de este modo conseguian el perdon de sus pecados.

La iglesia de Roma, con aquella perpétua vigilancia que emplea en aprovechar todas las ocasiones de aumentar su poder, alzó sobre aquel fundamento lo que llama el sacramento de la penitencia, que impone al cristiano la obligacion de revelar al sacerdote todos sus pecados, so pena de eterna condenacion.

El Lector.—¿Hai algo en la Escritura relativo á esa práctica?

El Autor.—Nada sino la palabra *confesar*, que, como observareis, significa el reconocimiento de nuestros pecados ante Dios, ó la confesion mútua entre los cristianos. "*Confesad vuestras faltas unos á otros*," dice el apóstol Jacobo en el capítulo III., verso 16 de su epístola. Los romanistas quieren hacernos creer que las palabras "*unos á otros*" significan solo al sacerdote, y, de este modo, desfigurando el texto de la Escritura, y apoyandose en el cómodo auxilio de sus inventadas tradiciones, han abierto un campo sin límites á sus invasiones en la libertad del mundo cristiano.

Es tal su aficion al poderio y al engrandecimiento, que no ha vacilado en desentenderse absolutamente de la revelacion, para fijar reglas de creencia y artículos de fé, tan obligatorios en su código, como los que emanan del mismo Espíritu Santo. Por ejemplo: ¿habeis encontrado en la Biblia algun pasage relativo á *la Veneracion de las Reliquias*? ¿Os acordais de haber descubierto en ella que se haga alguna mencion de *las Imágenes* si no es para prohibir su culto?

El Lector.—No por cierto. Pero ¿creeis que tambien sirven las reliquias y las imágenes, como instrumentos para aumentar el poder de la iglesia de Roma?

El Autor.—Hace muchos siglos que se ha abierto en Roma un mercado de huesos, que ha contribuido de dos modos á fomentar el influjo y la riqueza del clero católico romano. En primer lugar, se pagan á precios mui subidos por los devotos que los obtienen, y, en segundo, estas reliquias dan lugar á fundaciones de iglesias y conventos, como se ha verificado en casi todas las provincias del mundo católico.

El Lector.—Pero ¿son realmente esos huesos, de los santos á quienes se atribuyen?

El Autor.—Nada es comparable al descaro con que se fragua en Roma esta maniobra. Los huesos que se venden como reliquias de los mártires, confesores y vírgenes de que se habla en las leyendas de los romanistas, salen de los cementerios públicos, en que los antiguos romanos solian enterrar á sus esclavos. El papa se arroga la facultad de bautizar las llamadas reliquias, y los romanistas devotos creen que cuando el santo padre ha dado nombre á una calavera ó á una canilla, es lo mismo que si la hubiera visto sacar del cuerpo del santo. Ignoran que aquel hueso bautizado fué quizas parte del esqueleto de algun gladiador.

Para daros una idea de la credulidad que los papas fomentan en este ramo, os diré que he visto un tesoro de reliquias perteneciente á los reyes de España, en el monasterio del Escorial, donde, el fraile que las custodía enseña á todo el que acude el cuerpo entero de un niño, que dice ser uno de los que mandó degollar Heródes. Y todavía es mas escandalosa otra superchería del mismo depósito: un pomo de cristal, guarnecido de oro, en que se conserva un poco de leche de la Vírgen Maria.

Estas y otras muchas reliquias se presentan al pueblo para que les tribute culto, y todas estan autenticamente certificadas por el papa ó por sus ministros.

En la catedral de Sevilla hai, entre otras reliquias, un diente de San Cristoval, de quien se dice que era un gigante. Este diente vino de Roma, y se conserva en una caja de cristal y plata. Es claro que salió de la mandíbula de algun ánimal de la clase del elefante. Estas imposturas se han puesto en práctica con tan poco esmero, y tan poco respeto de la opinion pública, que, en algunos casos, ha sido forzoso declarar que los cuerpos

de los santos se han multiplicado milagrosamente, porque, de otro modo, facilmente quedaria descubierto el engaño, al ver que el cuerpo del mismo santo se hallaba en dos ó tres partes distintas. No se oculta á los clérigos el fraude: pero no tienen mas que callar y bajar la cabeza.

Os contaré, sin embargo, el chiste de un eclesiástico frances de alta categoría, el cual, aunque no tenia religion, como sucede á muchos de los de su clase, se sometió en apariencia á la comun superticion, no sin burlarse de ella algunas veces, con alusiones irónicas. Habia estado viajando por Italia, y por los estados católicos de Alemania, y en todas las iglesias de aquellos paises se le habian enseñado ostentosamente los tesoros de reliquias que poseian. Lo mismo hicieron los monjes de una famosa abadía de Francia, cuando, entre otras maravillas, "aquí," le dijeron, "está la cabeza de San Juan Bautista." "Bendito sea Dios," repuso el festivo abate: "esta es la tercera cabeza del Bautista que he tenido la dicha de tocar con mis manos."

El Lector.—¿Y no le costó caro su agudeza?

El Autor.—Si hubiera sido en España, no lo habria pasado mui bien: pero siempre ha habido en Francia un fuerte partido de infieles disfrazados, y nunca el papa ha logrado introducir allí la Inquisicion. La consecuencia de todo esto es que el clero se ha visto allí comprimido por la burla que de él se ha hecho.

El que quiera conocer el papismo en toda su pureza, debe ir á España, que es el pais en que se le ha dejado crecer y desarrollarse con toda amplitud. Allí es donde trabajan con toda actividad todas las máquinas de Roma, y donde se penetra el verdadero espíritu que las anima. Para que veais las ventajas que saca el clero *del culto de las imágenes*, os referiré lo que pasó en Madrid, durante una residencia de tres años que hice en aquella mui católica capital. En uno de los barrios mas pobres, unos pilluelos de la calle encontraron una pintura vieja, que, con otras inmundicias, habia sido echada en un muladar. No sabiendo lo que era, le ataron una cuerda, y la iban arrastrando por la calle, cuando una vieja de la vecindad, puso casualmente los ojos en el cuadro, y descubrió que representaba el busto de la Vírgen Maria. Los gritos que le arrancó el espanto ahuyentaron á los muchachos, y la vieja quedó en posesion del tesoro. Las

comadres del barrio quisieron desagraviar la pintura, por el mal trato que se le habia dado, y pagaron entre todas el aceite de una lámpara, que ardia continuamente en casa de la vieja. Un clérigo que tuvo noticia de la ocurrencia, tomó bajo su proteccion la averiada pintura, la puso en un marco y le añadió otra lámpara. La gente rica, informada de aquel descubrimiento, acudia á rezar delante del cuadro, dejando alguna contribucion al clérigo y á la vieja, que ya habian formado una compañia mercantil. En fin, lograron reunir bastantes fondos para labrar una capilla y una casa mui cómoda en que ambos se alojaron. La capilla estaba llena de gente desde por la mañana hasta por la noche, y no hubo mujer de alta ó baja condicion que no creyese que su salvacion dependia de la proteccion de aquella imágen. Los ricos dejaban cuantiosas limosnas para misas y para cera, y los pobres escatimaban sus escasos recursos para echar algunas monedas en el cepillo que estaba á la puerta de la capilla.

No hablo de cosas del siglo pasado, sino de las que yo mismo he visto. Pues bien, eso que sucedió en Madrid en mi tiempo, ha estado sucediendo constantemente, por espacio de muchos siglos, en todas las naciones sometidas al papa, hasta que se alzó la Reforma y puso un dique á sus extravios. Apénas hai una poblacion de alguna importancia en Europa en que no se haya fundado algun rico monasterio, para que los frailes y monges viviesen en vicios y en ociosidad, á expensas de los fieles.

El orígen de estas fundaciones era el mismo en todas partes: un pastor encontraba una imágen en el hueco de un árbol, donde por supuesto se habia colocado con toda cautela; una vieja sacaba otra del fondo de un pozo; un forastero acudia á la puerta de una choza durante la noche, pedia alojamiento, y por la mañana habia desaparecido, pero en su lugar se encontraba una figura de madera que representaba á la Vírgen. El obispo mas próximo acudia con su clero, todos con cirios encendidos en las manos; se apoderaban de la imágen, la llevaban en solemne procesion al pueblo, declarando que habia sido un hallazgo milagroso. Las imágenes del árbol y del pozo habian bajado del cielo; el forastero era un ángel, que habia labrado la imágen durante la noche.

El Lector.—Esas historias me recuerdan lo que se dice en

los Hechos de los Apóstoles acerca de la gran Diana en Efeso, la cual habia bajado del cielo, y por ella armó el pueblo un motin, en que por poco matan al apóstol Pablo.

El Autor.—La iglesia de Roma *ha copiado tan servilmente las supersticiones idólatras de los paganos, que toda persona á quien no ciega el fanatismo echa de ver con extrañeza la semejanza.* Los cirios encendidos, el incienso, las imágenes caidas del cielo, muchas ceremonias de su misa, muchas formas de sus devociones privadas, son exactamente las mismas que se practicaban delante de los ídolos de los gentiles.

Lo es tambien el modo de reconocer los supuestos milagros colgando en los templos figurillas de cera, ó pinturas que representan la parte del cuerpo en que ha recaido el finjido milagro, ó el accidente de que fué preservado el devoto. Si se pudieran contar estos signos de falsos prodigios, resultaria una suma increible.

El Lector.—Pero ¿cómo puede la gente creer en *esa muchedumbre de milagros?*

El Autor.—La iglesia de Roma, amigo mio, es como una gran tienda en que vende sus drogas un charlatan. No hai enfermedad, no hai peligro, no hai desventura que no haya colocado el papa bajo la proteccion de un Santo particular. Todo ser humano que padece ó teme, recibe con ardor lo que puede darle alguna esperanza. No hai mas que decirle que pruebe tal medicina, y al instante se animan sus miradas, á manera del hombre pobre que ansia por riquezas, y las saborea desde el momento que compra un billete de lotería. Las drogas espirituales del papa, deben aplicarse sin vacilacion, y si no producen efecto, no hai que desesperar por eso, sino añadir otro santo al primero.

Una pobre criatura padece dolor de muelas; acude á la tienda del papa, donde se le dice que Santa Polonia perdió todos sus dientes, y por tanto se compadece de aquellos á quienes aflije la misma dolencia. El doliente hace oracion, compra una estampa de la santa, y le enciende una vela. Si el dolor desaparece, la santa lo ha curado; si al cabo es preciso sacar la muela, Santa Polonia disminuyó el dolor de la operacion. Lo mismo sucede en todas las enfermedades, en todas las empresas, en los viajes, en los negocios. Hai mas: en las clases pobres es mui comun

poner bajo la proteccion de un santo las acciones mas pecaminosas y criminales. De esto último tengo las pruebas mas positivas. Así, pues, con la confianza de que á cada instante puede verificarse un milagro, con el uso constante de los médios que se suponen tener una virtud sobrenatural, con la persuasion íntima de que el único médio de obtener el fin que se desea es estar plenamente convencido de que ha de verificarse, y que la duda es una ofensa al santo implorado, no es extraño que cada accidente se transforme en prodigio; que si no se realiza, se atribuya á falta de fé; ni que el éxito, completo ó parcial que infaliblemente hubiera ocurrido en el curso natural de las cosas, se proclame enfaticamente como una manifestacion del poder divino.

Añadase á esto que hai entre los católicos romanos un sentimiento mui comun, semejante al del que anticipa la accion de gracias, para asegurar un favor que no ha recibido. Los romanistas, en efecto, adulan á sus santos con manifestaciones pomposas, como un pago hecho de antemano, y como si el que lo recibe estubiera obligado á consumar la obra que se le exije. Todo esto se hace, no con intencion de engañar, sino en virtud de aquella suma flaqueza de espíritu que un hombre no puede ménos de contraer despues de haberse criado y vivido bajo un sistema de perpétua impostura y charlatanismo: sistema que fomenta toda especie de temores para asegurar la venta de los médios de curarlos.

El Lector.—¿Creeis que todos los católicos romanos padecen esa verdadera debilidad mental?

El Autor.—De ninguna manera. Hai muchas circunstancias que influyen en ciertos individuos, y que los incitan á resistir mas ó ménos á la autoridad de su iglesia. Pero una cosa puedo asegurar delante de todo el mundo, y es que cualquiera que se someta enteramente á los preceptos de Roma, forzosamente ha de convertirse en un ser débil y supersticioso, á ménos que su temple natural no lo disponga á unir á la supersticion la violencia y el espíritu perseguidor del mas feroz fanatismo.

DIÁLOGO IV.

VERDADERO CARACTER DE ROMA: VANAS SUPERSTICIONES Y MORTIFICACIONES; IMPOSTURAS; FABULAS DEL BREVIARIO; POCA IMPORTANCIA DADA A LA EXPIACION DE CRISTO; DOCTRINA QUE DECLARA JUSTO AL HOMBRE EN PARTE POR CAUSA DE SUS OBRAS; EL CELIBATO Y SUS EFECTOS; PERSECUCION, UNA PARTE ESENCIAL DE LA FE CATOLICA ROMANA.

EL AUTOR.—Vengo preparado á describiros *el verdadero carácter de la iglesia de Roma*, y, en primer lugar, os demostraré, que *todos sus esfuerzos se dirijen á propagar y afianzar la supersticion* en sus adeptos; á que todo católico sea supersticioso. Antes de todo, ¿teneis una idea clara del sentido de la palabra *supersticion?*

El Lector.—Creo que sí: pero, si he de decir la verdad, me seria difícil explicarla de un modo completo.

El Autor.—La idea que yo me he formado de la supersticion puede expresarse en estos términos: la supersticion consiste en la credulidad, en los temores, en las esperanzas, relativas á cosas invisibles y sobrenaturales, y que no tienen mas fundamento que la imaginacion ó la impostura. Llamamos supersticioso al hombre que cree en brujas y fantasmas; al que clava una herradura en la puerta de su granero, en la persuasion de que esto basta para preservarlo de todo mal; al que teme una desgracia si, al salir de su casa aquella mañana, ha echado á andar con el pié izquierdo.

El Lector.—¿Y la iglesia de Roma fomenta esa clase de supersticiones?

El Autor.—Fomenta la disposicion mental necesaria para creer, no precisamente en esos errores, sino en otros no ménos

absurdos y de mayor transcendencia. Toda secta puede compararse á una gran escuela, dedicada á la educacion religiosa de sus adeptos. Ahora voi á presentar á vuestros ojos un discípulo de la escuela romana, y mi pintura no será mas que una copia exacta de originales que he conocido y tratado.

Imaginaos al tal sujeto, en la hora de ír á la cama. Entra en su habitacion, cuyos muros estan cubiertos de *cuadros* de todos tamaños. Encima de una mesa está *el crucifijo* de madera ó de bronce, entre dos *velas de cera* que nuestro hombre enciende, despues de haber cerrado cuidadosamente la puerta. Despues se arrodilla delante del crucifijo, dándose tremendos y ruidosos *golpes en el pecho* con el puño cerrado. Si es viernes, ú otro dia de *ayuno*, observareis que está pálido y débil, y es porque no ha hecho mas que una comida, y esa de pescado. Si hubiera probado la carne, se habria creido condenado á las penas del infierno. Pero no han terminado aun las mortificaciones del dia. Abre una albacena, saca de ella una calavera, la besa y la coloca sobre la mesa delante del crucifijo. En seguida, se desnuda la parte superior del cuerpo, empuña las disciplinas y se azota con tanta fuerza, que la sangre se agolpa á sus espaldas, hasta hallarse próxima á brotar. Terminada esta operacion, reza várias oraciones, dirigiéndose y encarándose succesivamente con cada uno de los cuadros que adornan las paredes.

Luego se dispone á ir á la cama, moja sus dedos en la pila de *agua bendita* que cuelga junto á la cabecera y con ella rocía las almohadas, la cama y el suelo del cuarto, santiguandose despues con los dedos mojados todavía con el santo líquido.

El agua bendita *se fabrica* echando un poco de sal en el agua comun, haciendo el sacerdote várias veces la señal de la cruz sobre ella, y pronunciando ciertas oraciones que la iglesia de Roma ha insertado en su misal. El católico romano tiene obligacion de creer que el agua bendita sirve para alejar al diablo de los sitios rociados con ella, y no debe creerse seguro en la cama, si no adopta tan eficaz preservativo. Posee ademas la virtud de limpiar al hombre del *pecado venial*, otra invencion romana, que significa aquellas faltas leves, que condenan al hombre á un cierto número de años en el purgatorio, si no ha tomado la precaucion de lavarlos con agua bendita, ó recibiendo

la bendicion de un obispo, ó por alguno de los otros cinco ó seis médios que la iglesia de Roma ha inventado para el logro de aquel fin. Pero no creais que han terminado ya las operaciones de nuestro hombre.

Del otro lado de la cama, pende un cuadrito con una especie de torta de cera, en cuya superficie se nota un dibujo de relieve hecho con molde en hueco. Allí está el *Agnus Dei*, santificado con la bendicion del papa, y es cosa que solo puede obtenerse en Roma. Creo que amasan la cera con tierra sacada de los lugares en que se supone que estan enterrados los mártires. El que posee uno de estos tesoros espirituales, goza el beneficio de un gran número de indulgencias, porque cada beso que imprime en la cera le proporciona el valor de cincuenta ó cien dias empleados en buenas obras, y en penitencia, y estos guarismos se desquitan de la deuda que tiene que pagar en el Purgatorio.

No extrañaria yo que el buen hombre, ántes de abandonarse al sueño, se tentase el cuello para ver si *el rosario* está en su lugar. Hai rosarios á los cuales se atribuyen grandes virtudes, como uno que me obligaban á llevar en mi niñez. Trajolo un clérigo de Roma, donde se hizo con algunas de las piedras que sirvieron al suplicio de Estevan, el primer mártir, y todo esto consta en certificaciones auténticas.

Lo mismo hace con *el escapulario*, el cual le asegura que la Vírgen lo sacará del Purgatorio el sabado inmediato al dia de su muerte, y al mismo tiempo lo hace partícipe de todas las penitencias y buenas obras hechas por los religiosos de la órden á que pertenece el escapulario.

Por último, ántes de cerrar los ojos, el hombre hace *la señal de la cruz* en la frente, en el rostro y en el pecho, y con esto termina la serie de sus devociones nocturnas.

Las de por la mañana son por el mismo estilo. Bien salpicado con agua bendita, procede á la misa, y, si es dia de sacar ánima, lo vereis recorrer la iglesia de altar en altar, pronunciando ciertas oraciones en cada uno de ellos. Repetirá *el rosario*, en honor de la Vírgen, contando con los dedos las cincuenta y cinco ó setenta y siete cuentas de que se compone.

Si es dia en que hai bendicion de sacramento, es cosa que no debe perder ningun buen católico, por la indulgencia plenaria

que el papa concede á todos los que asisten á aquella ceremonia. Es preciso arrodillarse y darse golpes en los pechos, mientras el sacerdote, vestido esplendidamente y rodeado de cirios encendidos y de nubes de incienso, hace la señal de la cruz, con la custodia que encierra la hostia consagrada.

Seria tarea interminable la de referiros todos los amaños de esta especie que la iglesia de Roma prescribe y recomienda á todos sus miembros, y que practican los que no descuidan la salvacion de sus almas.

Estos son hechos que no puede negar ningun católico romano honrado. Si la revelacion es el único médio que poseemos de distinguir entre la religion y la supersticion; entre las cosas que han de influir en nuestra existencia espiritual despues de la muerte, y las doctrinas fantásticas cuya relacion con nuestro estado futuro no nos consta de ningun modo, pregunto yo; ¿es otra cosa la totalidad del sistema romano, que una cadena de prácticas supersticiosas que llenan el alma de un miedo imaginario cuyo remedio busca en las vanas ceremonias y en los ritos pueriles de su iglesa? El Apóstol Pablo vaticinó sin duda este adulterado cristianismo, cuando previno contra él á los Colosenses, diciendoles: "Nadie os juzgue por razon de la comida ó bebida, ó en punto de dias festivos... Nadie os extravie afectando humildad y culto á los ángeles, metiendose en cosas que no ha visto, hinchado vanamente de su prudencia carnal, y no estando unido con la cabeza, de la cual todo el cuerpo alimentado y organizado por médio de las junturas y ligamentos, va creciendo con el aumento de Dios. Si habeis muerto pues con Cristo en órden á aquellos rudimentos del mundo ¿por qué los reputais todavía por leyes vuestras, como si vivieseis para el mundo? Se os dice que no comais, que no gusteis, que no toqueis esto ó aquello: cosas todas que perecen por el uso, y que solo estan fundadas en mandamientos y doctrinas de los hombres; si bien hai en ellas una apariencia de sabiduría en su observancia voluntaria, y acompañada de humildad, y en el maltratamiento del cuerpo, escaseandole lo necesario para el sustento de la carne."

No puede haber nada mas semejante al *culto de la voluntad*, descrito en este pasage, que la conducta y las prácticas del devoro romanista. Observad lo que el Apóstol dice sobre la dis-

tincion de dias, que es exactamente lo que el romanista observa: sobre el culto de los ángeles, sobre la multitud de preceptos, puras invenciones del hombre, sobre la mortificacion y descuido del cuerpo, y, mas que todo, sobre la desunion de la cabeza, que es Cristo, poniendo en su lugar, el ansia constante de aspirar al aumento espiritual por médios carnales ó externos, en vez de fortificar, por un culto espiritual y sencillo, las junturas y ligamentos, por cuyo solo médio puede el cristiano nutrirse, y crecer con el crecimiento de Dios.

El Lector.—Confieso que la semejanza es mui notable: solo quiero esclarecerme sobre esta materia, haciendoos una pregunta. Ya entiendo que lo que llamais *culto de la voluntad* es la preferencia dada á las práticas y doctrinas emanadas de la voluntad de los hombres, con respecto á los que Dios mismo sanciona en los libros revelados. Pero ¿es cierto que la iglesia de Roma autoriza y fomenta esta preferencia?

El Autor.—La autoriza y la fomenta del modo mas eficaz y solemne. Abrid cualquiera de sus libros religiosos y devocionarios, y hallareis que sus obispos estimulan estas prácticas disciplinarias, en los términos mas inequívocos. Podria enseñaros innumerables pasages en que se confirman y recomiendan prácticas carnales en mayor número que las que observaban los Judíos.

Pero lo que resuelve terminantemente la cuestion; lo que prueba que no es un indivíduo particular, sino la iglesia de Roma la que adultera el temple y el carácter de la virtud cristiana, es *el Breviario Romano*, libro no solamente publicado y confirmado por tres papas, sino que todo eclesiástico debe leer diariamente, al ménos por espacio de hora y média. Tal es la importancia que da á este libro la iglesia de Roma, que todo clérigo ó fraile que omite siquiera una octava parte de la lectura señalada para cada dia del año, se hace reo de pecado digno del Infierno, esto es, de *pecado mortal*, que priva al hombre de la gracia de Dios. El Breviario contiene salmos, y colectas, y vidas de santos para cada dia del año. Estas vidas se presentan como ejemplos que la iglesia declara necesarios para la perfeccion cristiana, y que, por consiguiente, todo cristiano debe imitar hasta donde alcancen sus fuerzas. Pues bien, puedo aseguraros,

que, obligado por mi ministerio á leer diariamente el Breviario durante muchos años, no he tenido noticia de un solo santo cuyo culto no se funde en la práctica mas extravagante de ceremonias externas, y en el uso mas repugnante de virtud imaginaria que, segun ellos, consiste en hacer penitencia.

El Lector.—¿ Qué entienden ellos *por hacer penitencia ?*

El Autor.—Inflijirse el hombre á si mismo mortificacion y pena corporal para expiar sus pecados.

El Lector.—¿ No creen en el sacrificio expiatorio de Cristo ?

El Autor.—Lo creen como suficiente para librarnos del Infierno, pero no para absolver del castigo temporal del pecado.

El Lector.—¿ Y no tienen para eso su indulgencia plenaria ?

El Autor.—Así lo creen : pero la verdad es que ellos mismos no se entienden en materia de penitencia y de indulgencia. La iglesia romana impone la obligacion de hacer penitencia, depravando para ello el texto sagrado. Como no hai nada en el Nuevo Testamento que convierta en virtud cristiana el castigo que el hombre se impone á si mismo, la iglesia romana no ha tenido inconveniente en adulterar el tercer verso del capítulo 13 de Lucas. El Evangelista dice : " Si no fuereis penitentes, todos perecereis del mismo modo." Esto no bastaba para su propósito, y en el quinto verso donde se repite la misma expresion, introdujeron la palabra *penitencia*, resultando la traduccion : " Si no hiciereis penitencia, todos perecereis del mismo modo." Con el uso de esta palabra, han hecho creer á sus fieles que, tanto la confesion, elevada por ellos á la dignidad de sacramento, como la mortificacion del cuerpo, á la que tambien dan el mismo nombre de *penitencia*, son mandamientos expresos de Cristo.

El Lector.—Eso se llama proceder de mala fé.

El Autor.—Tanto mas, cuanto que en el Evangelio original, la palabra de que hace uso el escritor inspirado tiene el mismo sentido en los dos versos, y la única significacion que puede darsele es *una nueva disposicion del alma*, que se llama propiamente *arrepentimiento*, de modo que, en el lenguage del Evangelio *ser penitente*, no significa ni puede significar otra cosa que *arrepentirse*.

El Lector.—¿Cual es el orígen de ese apego á la mortificacion corporal?

El Autor.—*Es la poca importancia que dan los católicos á la expiacion de los pecados de los hombres por Jesus Cristo*, y el ejemplo de algunos fanáticos, á quienes, en los primeros tiempos de la corrupcion del Cristianismo, declaró *santos* la iglesia romana, proponiendolos al mundo como dechados de virtudes evangélicas. Los frailes que los tomaron por modelos, adquirieron un desmesurado influjo en la iglesia, y tanto por la práctica de algunos entusiastas entre ellos, como por los falsos milagros que referian, pintandolos como recompensas de las maceraciones, flagelaciones y otras mortificaciones de la misma clase, confirmaron en los ánimos de los crédulos el gran mérito de la penitencia.

Contribuyó á fomentar este error el socorro mútuo de las doctrinas inventadas por Roma, porque como los papas enseñan que las indulgencias concedidas por ellos salen del tesoro de méritos acumulados y contraidos por los santos, los que esperan preservarse del Purgatorio por médio de las indulgencias, estan interesadas en que aquel tesoro esté bien provisto, y por tanto se gozan en leer la relacion de las maravillosas penitencias que contiene el Breviario.

El Lector.—Supongo que habrá muchas extravagancias en esas relaciones.

El Autor.—Voi á citaros dos ó tres ejemplos, para daros alguna idea de su carácter general.

Ya sabeis que San Patricio es el santo favorito de los católicos irlandeses, como que fué el que introdujo el cristianismo en la isla. La iglesia de Roma da los siguientes pormenores acerca de las prácticas religiosas que diariamente observaba, presentandolas por supuesto como dechado que pocos, sin duda, pueden imitar, pero que todos deben esforzarse en hacerlo, si aspiran á la perfeccion cristiana. Dice el Breviario que siendo Patricio esclavo, y siendo su deber apacentar el rebaño de su señor, se levantaba ántes de amanecer, aun en tiempo de lluvias y de nieve, para empezar su tarea diaria de rezar *cien veces* en el dia y ciento en la noche. Cuando fué consagrado obispo, repetia diariamente los ciento y cincuenta salmos del salterio, una coleccion de himnos y cánticos, y doscientas colectas ademas. Tam-

bien se arrodillaba cada dia trescientas veces, y ochocientas veces se hacia la señal de la cruz. De noche recitaba cien salmos, se arrodillaba doscientas veces, y pasaba un tercio de la noche metido en agua fria hasta la barba, repitiendo otros cincuenta salmos, y por último, reposaba dos ó tres horas, sirviendole de cama un suelo empedrado.

El Lector.—No creo posible que un hombre haga todo lo que habeis dicho, á ménos de tener la velocidad y la fuerza de una máquina de vapor. Esa historia debe ser falsa.

El Autor.—No quiero entrar en la cuestion de su probabilidad: lo que importa es descubrir en ella y en otras muchas semejantes, el principio que inculcan y que establecen como fundamento de la ética católica.

Las ceremonias externas, y una série de actos que casi rayan en el suicidio, son los objetos que mas admiran los católicos en la mayor parte de las vidas de sus santos. Así es como representan á Santa Catalina de Siena tan adiçta á la práctica del ayuno, que el cielo, para que ella pudiese entregarse libremente al ejercicio de esta virtud apócrifa, dispuso milagrosamente que se mantubiese sin comer ni beber desde el miércoles de ceniza hasta Pentecostes. Así lo proclamó el Breviario romano á la faz de todo el mundo.

El Lector.—Pero yo creo que en las Escrituras se recomienda el ayuno como práctica religiosa.

El Autor.—Hai una gran diferencia entre uno y otro caso. La práctica de reprimir nuestros apetitos, aun aquellos que podemos satisfacer sin pecar, es un ejercicio provechoso del poder que tiene la voluntad sobre los pruritos de la carne y los excesos de las pasiones. El hombre esclavo de su vientre, que no puede abstenerse de un manjar sabroso, está mui dispuesto á dejarse llevar por inclinaciones ménos inocentes. Pero no autorizan las Escrituras á ningun hombre á prescribir á los otros ayunos con la amenaza del pecado mortal, como sucede entre los católicos, ni consiste en la cantidad y en la calidad de los alimentos. El católico ayuna para mortificarse y padecer pena: el ayuno de que leemos en las Escrituras era para dominar los deseos, para acostumbrar la voluntad á dirijir las acciones por el buen camino, y para servir á Dios con mas empeño,

y aun esto sé dejaba al arbitrio y buena voluntad de cada indivíduo.

El Lector.—¿Hasta qué punto lleva la iglesia de Roma la obligacion que impone de hacer penitencia?

El Autor.—Hasta el punto de destruir al cabo del año muchas vidas de personas ardientes, aunque bien intencionadas, particularmente entre las mujeres jóvenes. Estas alucinadas criaturas leen las vidas de los santos, aprobadas por su iglesia, y allí se les ofrecen por ejemplos muchas mujeres, de quienes se cuenta que han llegado al mas alto grado de perfeccion espiritual, viviendo, como Santa Isabel de Portugal, la mitad del año á pan y agua, destrozandose las carnes á puros azotes, durmiendo en el suelo duro, ciñendose los miembros con agudas puntas de hierro que penetran en las carnes, metiendose en agua helada, y haciendo otros diez mil excesos, que van destruyendo gradualmente la vida.

Los clérigos dicen, que recomiendan la penitencia con moderacion: pero cuando un alma joven, tierna y ardiente, cree, porque se lo han dicho, que el padecimiento voluntario es grato á Dios; cuando lee que la iglesia de Roma ha declarado santos á los que han abreviado sus dias á fuerza de penitencias, todo lo que no es actual suicidio tomará á sus ojos el carácter de moderacion.

La iglesia de Roma recomienda en su Breviario á Santa Teresa, porque "su ardor en castigar al cuerpo era tan vehemente, que hacía frecuente uso de camisas de crin, cadenas, espinas, azotes, y aun muchas veces se revolcaba entre zarzas y ortigas, sin reparar en la debilidad de su constitucion." Tales son las palabras del Breviario: de ellas el católico romano, en un rapto de entusiasmo, infiere con razon que descuidar una constitucion débil y enfermiza y acelerar la muerte, son actos virtuosos.

La lectura de las vidas de los santos no puede producir otro efecto, como lo acredita la historia de Santa Rosa de Lima, inserta en el mismo Breviario. De ella se cuenta que, deseosa de imitar á Santa Catalina, usaba dia y noche una cadena que daba tres vueltas alrededor de su cuerpo, una cintura guarnecida por dentro de agujas, y una corona con puntas agudas, que le penetraban en la piel. Dormia en una cama de troncos de árboles sin pulir, llenando los intersticios con fragmentos de

vasijas de barro. El Breviario añade que hacía todo esto á pesar de los tormentos que le causaban sus enfermedades, y que en recompensa fué frecuentemente visitada por los santos, por los ángeles y aun por el mismo Salvador.

El Lector.—¿Pero hai católicos romanos que crean semejantes cosas?

El Autor.—Un católico romano sincero no puede dejar de creer lo que su iglesia le enseña con tanta constancia, sin que se susciten sospechas en su alma sobre la veracidad del órgano y del fundamento de su fé. No hai hecho que se asegure tan positivamente como estas maravillas sobrenaturales; á cada paso se repiten en el Breviario los cuentos de millones de milagros. Por tanto, si el católico romano los cree todos, ó la mayor parte de ellos, debe ser tan crédulo como un niño: si los deja de creer todos ó la mayor parte, debe considerar á los papas y á sus clérigos como una cuadrilla de malvados ó de viejas.

El Lector.—Segun eso, los milagros que se cuentan son enteramente indignos de crédito.

El Autor.—Fácil me seria probaroslo, refiriendoos algunos de los que en el Breviario se citan. Prefiero sin embargo fijar el punto general de esta cuestion preguntandoos ántes qué es lo que entendeis por milagro.

El Lector.—Debo repetir lo que dije cuando me preguntasteis qué era lo que entendia por supersticion. Creo que sé lo que es milagro, pero no puedo explicarlo con claridad.

El Autor.—Milagro es una interposicion evidente del poder de Dios por médio de un cambio en el órden que ha establecido para el gobierno del mundo visible. Os presentaré mas claramente mi idea por médio de un ejemplo familiar. ¿Teneis algun conocimiento de la construccion de un reló?

El Lector.—No señor.

El Autor.—Tanto mejor para mi intento. ¿Qué diriais si vierais que se volvian atras las agujas del reló de la iglesia?

El Lector.—Diria que el reló estaba descompuesto.

El Autor.—Y ¿qué si vierais que las agujas apuntaban las doce, y luego las once, y corrian en seguida y apuntaban la una?

El Lector.—Diria que alguien estaba detras moviendo las ruedas, quizas el relojero.

El Autor.—¿Podriais, sin conocer el mecanismo del reló, estar seguro de que aquellos extraordinarios movimientos no serian efecto del acaso?

El Lector.—Si el reló se hubiera parado ó dado mal la hora, podria suponerlo; pero en cuanto á esas mudanzas, que indican cierta intencion, la experiencia de toda mi vida me basta para convencerme de que no pueden ser accidentales.

El Autor.—Supongamos ahora que un hombre os dice, mientros el reló anda bien: "Conozco al relojero; sé que está detras del cuadrante, y en prueba de ello, voi á decirle que mueva adelante ó atras las agujas, y vereis cómo lo hace." Si así se verifica ¿creereis lo que el hombre os dijo?

El Lector.—Ciertamente.

El Autor.—Pues bien si aplicamos respetuosamente lo que hemos dicho del reló y del relojero al mundo que vemos y á su gran autor, que es Dios, tendremos una idea algo exacta de los milagros, y, en cierto modo, una regla para juzgarlos. El mundo que vemos y todo lo que en él se contiene, proceden por reglas establecidas é invariables, infinitamente mas regulares y asombrosas que el reló mejor construido, y el mas perfecto mecanismo. No nos es dado penetrar en los médios que sostienen la vida: pero sabemos de positivo, y sin que de ello nos quede la menor duda, que, cuando un hombre ha estado cuatro dias enterrado, no puede recobrar la vida por los médios ordinarios de la naturaleza. Imaginaos colocado entre la muchedumbre que circundó á nuestro Salvador delante del sepulcro de Lázaro. Vedlo levantar los ojos al cielo y dirijirse á su Padre, Creador del cielo y de la tierra, Autor y Dador de la vida, diciendole: "Padre, gracias te doi porque me has oido. Yo bien sabia que siempre me oyes: mas por el pueblo que está al rededor lo dije, para que crean que me has enviado. Y, habiendo dicho esto, gritó en alta voz, diciendo: 'Lázaro, ven fuera,' y salió el que habia estado muerto." * ¿No bastaria esta gran mudanza, esta restitucion de la vida que habia desaparecido, para convenceros de que el Hacedor del mundo, aunque invisible, estaba allí realmente en presencia, y en directa comunicacion con la persona visible que le habia hablado?

* Evangelio de Juan xi. 41-44.

El Lector.—Bastaria sin duda, del mismo modo que no dudaria de la presencia del relojero, cuando viese moverse las agujas del reló, contra el órden regular, á peticion de su amigo.

El Autor.—Vamos mas léjos con nuestras comparaciones. Supongamos que, enterada la gente del pueblo de la presencia del relojero, de su poder en la maquinaria y de su condescendencia, vienen unos muchachos y os dicen: "Señor, cuando estabamos jugando en la plaza, y vimos que iba á dar la hora de ir á la escuela, gritamos al relojero que nos hiciese el favor de mover hácia atras las agujas, para que pudiesemos jugar un rato mas. Inmediatamente se movieron hácia atras las agujas, porque habeis de saber que el relojero hace estas cosas con mucha frecuencia, y, no solo en el pueblo, sino en toda la comarca." ¿Dareais crédito al muchacho?

El Lector.—Mas bien le daria un tiron de orejas.

El Autor.—Y ¿por qué?

El Lector.—¿Tan nécio me suponeis que pueda creer que un hombre altera los movimientos de su máquina, solo por satisfacer un capricho, ó dar gusto al que le pide un favor por motivos vanos y fútiles? Para dar asenso á semejante cuento, ni aun me bastarian testimonios mas graves que el de unos muchachos.

El Autor.—Teneis muchísima razon, y si raciocinais en conformidad con los principios que os han guiado para decidir el caso que os he propuesto, fácil os será tener una idea correcta del espíritu que prevalece en la iglesia de Roma con respecto á milagros. El Breviario, al que tantas veces me he referido en el curso de nuestra conversacion, habla de los milagros hechos por los santos, como de ocurrencias frecuentes en los paises católicos. Cada vida de santo termina con el aserto de que *hizo mnchos milagros.* Hacense estos prodigios en las ocasiones mas insignificantes, y para fines los mas triviales y pueriles, de lo cual es imposible formar idea, si no es enterandose en los hechos que el Breviario refiere.

Os hablaré de algunos entre los millares que se me ocurren.

El objeto de todos los amaños de la corte de Roma, ha sido siempre *exaltar la autoridad del papa.* De esto ocurre una prueba harto risible en la vida del papa San Juan, que forma

parte del oficio á que consagra el Breviario romano el dia 27 de Mayo. En aquel dia se dice á todo el clero que, habiendo emprendido el papa Juan un viaje á Corinto, y necesitando un caballo manso y de paso cómodo, se le proporcionó uno que solia montar la mujer de un caballero noble de aquella tierra. El papa quedó mui satisfecho de su cabalgadura: pero cuando la señora quiso volver á servirse del animal, como estaba acostumbrada á hacerlo, apénas montó en la silla cuando fué arrojada al suelo. El Breviario explica mui gravemente esta ocurrencia, diciendo: "el caballo se sintió indignado de llevar á una mujer, despues de haber llevado al vicario de Jesus Cristo."

El Lector.—Sin duda se inventó la fábula, como prueba de la supremacia del papa.

El Autor.—Son mui comunes entre los católicos estos artificios: pero no puede ocultarse su futilidad á ningun hombre sensato. ¿No se avergüenzan de suponer que cuando Dios no se ha dignado hablar una sola palabra en las Escrituras, de Roma ni del papa, despues, como si se le ocurriese una nueva idea, quiso que un caballo fuese el intérprete de su voluntad?

Tambien hai en el Breviario un sin número de cuentos de milagros, fraguados *para propagar la veneracion de las reliquias* que tiene el papa en Roma, á fin de atraer gente á aquella ciudad, y que gaste su dinero entre sus pobres habitantes, reducidos á la ociosidad y la miseria por los desaciertos del gobierno pontificio. En la bula que se publica los años de Jubileo, el papa excita á todos los Cristianos á que acudan á Roma, donde, ademas del beneficio de la indulgencia plenaria, tendran el consuelo de acercarse á los sepulcros de Pedro y de Pablo, que se supone estan enterrados en cierto lugar, aunque ningun ser humano ha visto jamas sus cuerpos. Allí veran tambien el pesebre que sirvió de cuna al Salvador, y todos los instrumentos de la pasion, esto es, la cruz, los clavos, la lanza y la corona de espinas, porque el papa quiere hacer creer al mundo que todas estas reliquias estan en su posesion.

Observad que, no habiendo oido nadie hablar de estos objetos por espacio de mas de trescientos años despues de la muerte de Cristo, era preciso acreditar su identidad por médios milagrosos. Así se nos dice que la madre del emperador Constantino, de-

cubrió la cruz, habiendo mandado hacer excavaciones en el Calvarío. Tres cruces, se encontraron, y habiendose dudado cual de ellas fué la de la crucifixion del Salvador, succesivamente se colocó un cadáver encima de cada una de ellas, y recobró la vida al tocar la verdadera. Publicóse esta fábula cuando el emperador romano Constantino se hizo cristiano por miras politicas, y por el interes que tenia en atraer á sí la poblacion cristiana. Su madre y los personages de la corte tenian bastante poder para tapar la boca á todo el que habria intentado descubrir la impostura.

Tal es la historia de lo que se llama en los paises católicos *lignum crucis*, esto es, los fragmentos de la verdadera cruz, de los cuales hai tantos esparcidos en el mundo, que si se reunieran, equivaldrian en peso y volúmen al palo mayor de un navio de guerra. No se nos dice como se prueba la identidad de los clavos y de la corona de espinas. Una vez persuadida la gente de que aquella era la verdadera cruz, fácil le fué creer en los clavos, y aun en la túnica del Salvador, de la cual se refiere que se veneraba en Constantinopla, ántes que tomasen aquella ciudad los Turcos.

Estas imposturas fueron recibidas como el Evangelio, tanto que se señalaron dias festivos para celebrarlas, y de cuando en cuando se fraguaba algun milagro para ofrecer algun nuevo objeto de idolatria á la credulidad de los fieles.

El Breviario cita un caso curioso para probar la santidad de otra célebre reliquia. En el tiempo en que era la moda descubrir objetos que habian pertenecido á Cristo y á los apóstoles, cuando los papas, los emperadores y las imperatrices unian sus esfuerzos para desenterrar nuevas reliquias, huvo un papa que tenia en su poder la cadena con que se decia que el apóstol Pedro habia estado cien años ántes encadenado en Roma. La mujer del emperador hizo un viaje á Jerusalen y allí le regalaron otra cadena, que, segun el obispo de aquella ciudad, era la misma que ceñia los manos del apóstol, cuando el ángel lo sacó de la cárcel. Habiendola llevado á Roma, el papa tomó los dos cadenas, y al punto de juntar las dos extremidades para compararlas, quedaron soldadas y unidas una á otra, formando una sola cadena.

El Lector.—Esas cosas se parecen á las suertes de los jugadores de manos.

El Autor.—Con esta gran ventaja en favor de Roma, que los jugadores de manos estan rodeados de una muchedumbre incrédula, que observa todos sus movimientos, procurando descubrir el artificio, en lugar de que el papa, cuando impone á los fieles la obligacion de creer una patraña, no necesita prueba ni testimonio, ni la menor precaucion para acreditar los mas monstruosos prodigios.

¿Qué diriais si os refiriese que, hace cien años, la catedral de Sevilla se edificó en Africa, despues se fué por los aires á las islas Baleares, y, habiendo permanecido allí algunos años, y, tomando otra vez el vuelo, vino por fin á aposentarse en las orillas del Guadalquivir?

El Lector.—¡Y qué! ¿Hai algo de eso en el Breviario?

El Autor.—Exactamente lo mismo. En el Breviario se nos dice que la casa en que vivió la vírgen Maria en la tierra de Judea, fué llevada por los aires, en manos de los ángeles á la costa de Dalmacia, y, de allí, á la ciudad de Loreto, en los Estados del papa, donde produce millones al clero, tal es el inmenso número de peregrinos que acuden á visitarla, y tales son los riquisimos presentes que, para su adorno, han estado enviandole, por espacio de muchos siglos, los soberanos y magnates del mundo católico.

Ya veis cuan desacreditado debe estar, á los ojos de todo ser racional, el órgano por el que se propagan tan enormes invenciones. Y, sin embargo, que, mas bien que abrazar la fé pura de las Escrituras, comprometen el crédito de todo el Evangelio, asegurando que el que no cree los milagros autorizados por el papa, no tiene motivo para aceptar los que el Evangelio refiere. ¡Tan ciego y tan obstinado es el espíritu de partido! Si no hubiera otra razon para desechar el testimonio de Roma en estas materias, que el descaro con que propaga tan monstruosas fábulas como la de la casa de Loreto, esto solo bastaria para condenar aquella blasfema comparacion.

Ademas de esto, observad la diferencia que hai entre el testimonio de los apóstoles, que conservamos por escrito, y esos hechos pueriles cuyo orígen nos es enteramente desconocido;

entre unos testigos que sellaron con su sangre sus testimonios, y los papas y cardenales que se enriquecen con los milagros que fabrican, y unos frailes holgazanes, para quienes un santo nuevo de su órden es un capital mas lucrativo que una hacienda de mil aranzadas; entre milagros hechos en presencia de incrédulos y poderosos enemigos, y esos prodigios sacados á luz por el combinado influjo de los emperadores y de los papas, y publicados en médio de unas gentes, criadas en la mas supersticiosa credulidad, y que aguardan cada dia nuevos milagros, como ocurrencias ordinarias.

El Lector.—Ciego debe estar el hombre que vacile entre esos puntos de comparacion.

El Autor.—La credulidad que un libro como el Breviario propaga y fortalece entre los fieles, debe hacer mui sospechoso el testimonio de todo católico romano sincero, en materia de milagros. Los hombres creen que ven lo que desean ver. La circunstancia mas insignificante se convierte en prueba de un milagro, á los ojos de las almas crédulas, afectadas por el deseo de sostener los intereses de su iglesia, y á quienes esa misma iglesia ha hecho creer que la creencia implícita y sin exámen es una práctica tan piadosa, como pecaminosas é impias la duda y la vacilacion.

Yo no puedo absolver, á lo ménos, de complicidad, en un sistema de impostura á los principales personages de la iglesia de Roma, cuando recuerdo que uno de los últimos papas ha declarado santo y puesto en los altares á un fraile tonto, uno de cuyos milagros fué que hizo la señal de la cruz sobre dos pájaros guisados y servidos en la mesa, y al instante echaron á volar y desaparecieron.

Esta historia se cuenta de otros muchos santos, y los que la refieren deben saber que es falsa.

Si los romanistas quieren que demos fé á sus milagros, hablennos de la resurreccion de algun muerto, presenciada por muchos testigos, y confirmada con la sangre de alguno de ellos. Así lo hicieron los apóstoles y los discípulos inmediatos del Salvador.

La iglesia de Roma maneja de otro modo la autenticidad de sus milagros. Declara que no puede conceder los honores de la beatificacion, sin la condicion precisa de que el candidato haya

hecho milagros: pero aplaza para cien años despues de su muerte la investigacion judicial de aquellos hechos.

Este espíritu de alucinacion, este empeño en dejar creer al pueblo las mas ridículas patrañas á fin de encadenarlo cada dia mas á la silla romana, se manifiesta mui notablemente en *la maniobra que se hace anualmente en Nápoles*, á poca distancia y con entero consentimiento del papa. El santo patron de aquella ciudad es un San Genaro, de cuya sangre, derramada en el martirio, se conserva una porcion en un frasco de cristal. Este martirio ocurrió hace mas de mil y quinientos años: pero sobre esto hai muchas dudas, como las hai sobre la existencia de muchos de los santos canonizados por la iglesia. El dia de la fiesta del santo, el obispo, rodeado de un clero numeroso, de una multitud de cirios encendidos y de nubes de incienso, toma en sus manos el frasco, en cuya parte superior se descubre un objeto de color rojo. La turba de espectadores aguarda arrodillada, y con la mayor ansiedad el anual prodigio, mientras el obispo, agita el frasco en todos sentidos, hasta que la supuesta sangre empieza á liquidarse, y á gotear en la parte inferior del frasco. Entónces repican las campanas, se hacen salvas de artillería, y toda la ciudad se conmueve entusiasmada.

El artificio es tan grosero que no hai un clérigo, no hai un hombre de sentido comun en Nápoles que ignore el modo de practicarlo. La supuesta sangre es una composicion que necesita un pequeño grado de calor para liquidarse: basta con el de las manos del sacerdote y el de una atmósfera impregnada con las emanaciones de un numeroso concurso.

Algunas veces tarda en consumarse la operacion, y entónces el populacho parece inquieto y amedrentado. En una de estas ocasiones se hallaba presente y cerca de los clérigos, un ingles, excelente sujeto y amigo mio. Como el milagro tardaba en consumarse, uno de los clérigos le aconsejó que se retirase, por miedo de que el pueblo lo hiciese pedazos, atribuyendo aquella calamidad á la presencia de un protestante.

Cuando los Franceses, en tiempo de la revolucion, ocuparon á Nápoles, el clero quiso excitar á la plebe contra los conquistadores, y para ello se dispuso que el dia de San Genaro su sangre no se liquidase. El general frances, viendo que en efecto se

descubrian síntomas de motin, mandó decir al arzobispo que, si el milagro no se ejecutaba inmediatamente, echaria abajo su palacio á cañonazos. Esta amenaza bastó para que el milagro se hiciese y se calmase la agitacion pública.

Una iglesia que tan descaradamente abusa de la credulidad de sus miembros, y que no vacila en repetir anualmente la misma impostura, no puede tener reparo en contar las cosas mas absurdas de los siglos pasados. Así lo hace con respecto á muchos santos, atribuyendoles pasmosas maravillas, aunque todo el mundo sabe que las crónicas en que se consignan estos hechos son impudentes falsificaciones.

De estos documentos han salido las necedades con que divierte á su clero, hablandole de los mártires de los primeros siglos, de los cuales uno no se quemó dentro de una casa devorada por las llamas; otro, arrojado al mar, no se hundió; otro salió ileso de un caldero de pez hirviendo; otro vivió tres ó cuatro dias con la cabeza casi cortada; y otro andubo una legua con la cabeza en las manos.

El Lector.—¡Qué monstruosidad! ¿Y todavía se leen esas cosas en el Breviario romano?

El Autor.—Se leen cada dia durante todo el año, y la mas leve omision se castiga con grandes penas espirituales. Si fuera yo á contaros todas las simplezas por este estilo que en aquel libro se contienen, creeriais que os hablaba de mágicos y de hechiceros.

De tres diferentes santos se refiere en el Breviario que cruzaron la mar embarcados en sus mantos, como se navega en un buque, llevando ademas consigo un cargamento de frailes. De este modo nos asegura el papa que pasaron, San Francisco de Paula, el estrecho de Sicilia; San Raimundo de Peñafort, de Mallorca á Barcelona; y San Jacinto, un ancho rio en Polonia hinchado por las avenidas.

Sabriais entónces de una Santa Francisca de Roma, la cual pasaba largo tiempo en un rio sin mojarse, y que apaciguaba la sed con uvas producidas milagrosamente en el corazon del invierno.

Allí encontrariais á un San Pedro de Alcántara, para el que se dispuso milagrosamente un techo de hielo á fin de que pasase la noche, y cuyo baston se convirtió en una higuera.

Apenas hai un santo que no comenzase á hacer milagros desde su nacimiento, y aun ántes, como le sucedió á Santa Brígida, la cual preservó á su madre de ahogarse estando todavía en su vientre.

Las campanas repicaban por sí solas cuando nacia un santo, como sucedió á San Juan de Dios, á San Pedro Celestino, y á otros muchos.

Las abejas hicieron panales en las manos de San Ambrosio, San Pedro Nolasco, San Isidoro, y algunos otros niños santos, estando todavía en la cuna.

A una niña Santa se le convirtió el rostro en rosa, de donde provino el nombre que se le impuso.

Muchos niños santos han hablado ántes de cinco meses de edad, como San Felipe de Benizi, el cual en aquella edad riñó á su madre porque no dió limosna á un fraile mendicante.

Todas estas maravillas y diez mil otras, estan consignadas en ese libro á que tantas veces me he referido.

El Lector.—No puedo ménos de creer que, aunque la iglesia de Roma no sea la mejor escuela de Cristianismo, proporciona cierta especie de devocion espiritual á sus afiliados: y la llamo espiritual, porque no sé qué otro nombre darle. Sus ceremonias, sus milagros, sus reliquias, presentan sin duda una agradable variedad de objetos á los que le prestan una fé ciega.

El Autor.—¡Ai, amigo! Nada puede haber mas engañoso que la apariencia del culto y del dogma de los católicos. Dificil me sería enumerar, y no cabe en ponderacion, la miseria que producen sus leyes y sus instituciones, aunque puedo asegurar que he bebido hasta las heces el cáliz de su amargura.

En primer lugar, un alma sincera, cuya salvacion, á su entender, no depende exclusivamente de su fé y su ciega confianza en el Salvador, nunca puede gozar aquella paz cristiana que, segun el lenguage de la Escritura, excede los límites del entendimiento. He conocido muchos de los mejores y mas concienzudos católicos romanos que aquella iglesia cuenta en sus filas; de este número eran mi madre y mis hermanos. He sido confesor no pocos años, y se me ha confiado el verdadero estado del espíritu de las monjas mas virtuosas: de las que todos los habitantes de la ciudad consideraban como santas. Con este

conocimiento íntimo del estado espiritual de los católicos, puedo aseguraros que la mayor parte de ellos abrigan tantas dudas acerca de su salvacion, que no pocos acaban por volverse locos. En su ansiedad de acumular méritos, porque su iglesia les enseña que con estas prácticas religiosas obtendran un galardon eterno, se envuelven en un laberinto de rezos, ceremonias y mortificaciones. Luego ocurre el temor de pecar en aquellas mismas cosas que creen agradables á Dios, y como estan persuadidos de que sus obras se pesan y se avaluan con la mas severa justicia, la sinceridad de sus corazones no puede ménos de descubrir su propia indignidad, y la mezcla del pecado en todas sus devociones. En todo esto ignoran la doctrina verdadera de la Escritura, que "la sangre de Jesus Cristo limpia de todo pecado" cuando el pecador la acepta con fé viva como su único Salvador. No se les ha enseñado que las buenas obras son frutos de la verdadera fé, sino que toman parte con Cristo en la obra de la salvacion. Así pues su misma doctrina los fuerza á fundar en sí mismos la esperanza de salvarse. ¿Cual puede ser la consecuencia de este error, sino una perpétua agonia, ocasionada por el miedo? ¿Qué puede resultar de aquí sino una ansiedad atormentadora, teniendo siempre á la vista el cielo y el infierno, y creyendo que no puede conseguir el uno y evitar el otro sin el desempeño de una innumerable multitud de deberes, tan complicados y mas difíciles de ejecutar que la ley ceremonial de los Judíos?

El que sigue las Escrituras fija toda su confianza en el pleno, perfecto y suficiente sacrificio de Cristo en la oblacion, *en la satisfaccion por los pecados que se hizo en la cruz;* y con esto destierra todo temor de su alma. En su tránsito por el borrascoso mar de la vida, no se ase de Cristo con una mano, como hace el católico, confiando en la fuerza de la otra para romper las olas. El pobre alucinado discípulo de la escuela papal, confia mas, (como sucede siempre en los grandes peligros) en el recurso mas débil de los dos que tiene á su disposicion para salvarse. "Nada energicamente con tu brazo," le dice el clérigo: "porque si no, Cristo dejará que te hundas." "Asete al que es bastante poderoso para salvarte," dice el ministro que se refiere al lenguage de la Escritura; "todo lo que tienes que hacer es *echar en Jesus Cristo todo el peso de tus flaquezas y de*

tus pecados." Esta es la única fé que puede producir " alegría y paz en tener fé."

El Lector.—Pero ¿no son necesarias las buenas obras para la salvacion ?

El Autor.—Para entender la verdadera doctrina apostólica sobre este punto, es menester considerar atentamente las consecuencias directas del pecado. Ademas de las contínuas amonestaciones que hallamos en la Escritura contra el pecado, el Apóstol dice : " ¿ No sabeis que los inicuos no poseeran el reino de Dios ? No os engañeis, pues ni los fornicarios, ni los adoradores de ídolos, ni los adúlteros, ni los afeminados, ni los de pecados nefandos, ni los ladrones, ni los avaros, ni los dados á la embriaguez, ni los maldicientes, ni los robadores poseeran el reino de Dios." *

No hai duda pues que, si deseamos salvarnos, debemos renunciar al pecado, ó, como el mismo Salvador ha dicho, debemos *arrepentirnos*, esto es, (segun el sentido original de la palabra) debemos *mudar de ánimo y apartarnos del camino de la iniquidad.* Si nos separamos del pecado, y si ponemos nuestra plena confianza y nuestra fé en Cristo, seremos perdonados y justificados, por razon de sus méritos, en presencia de Dios. Desde entónces somos convertidos en ramas vivas de la verdadera vid, y la vida espiritual que recibimos del tronco, no puede dejar de producir frutos para la vida eterna.

En esto pues estriva la diferencia esencial entre la Escritura y los católicos romanos acerca de *la doctrina de la justificacion.* El católico romano cree que las buenas obras son, á lo ménos en parte, los médios de su justificacion, y procura ansiosamente asegurarla y aumentarla por numerosas prácticas externas, y especialmente por la imposicion voluntaria de dolor corporal y de mortificacion. El verdadero cristiano, apoyandose en la revelacion, sabe que si alguien se vuelve á Cristo con todo su corazon, y espera justificarse † en virtud de sus méritos y de su sangre, todos sus pecados se le perdonan sin reserva. Queda entónces consumada la obra de la justificacion, y el espíritu de Cristo procede sin demora en la obra de la santificacion. El que sigue el Nuevo Testamento no puede tener mas que un solo

* 1 Cor. vi. 9, 10.

† A saber, declararse justo.

justo fundamento de temor, y es el de apartarse otra vez de Cristo voluntaria y deliberadamente: pero este temor está neutralizado por la certeza que se le da en la misma Escritura de que Dios es fiel y que "él es quien obra en nosotros así el querer como el ejecutar segun su buena voluntad." *

El sistema de la justificacion, segun los romanistas, es, como dice aquel hombre grande y calumniado, Lutero, "una verdadera tiranía; el tormento y la crucifixion de las conciencias." Lo sabía por su propia experiencia, porque, como yo, lo habia experimentado con toda la sinceridad de su corazon. Para asegurar su salvacion, y siguiendo los consejos de la iglesia de Roma, se hizo fraile y observó con la mas escrupulosa religiosidad las reglas de su órden: mas no tardó en echar de ver lo mismo que yo he observado muchas veces, esto es, que la vida monacal, profesada de buena fé, es el camino de la demencia.

"Cuando yo era fraile," dice, "procuraba, en cuanto me era posible, someter mi conducta á la estrecha regla de mi órden. Me confesaba á menudo con gran devocion; hacia la cuenta de mis pecados; sentia ántes mucha contricion; volvia á confesarme y cumplia exactamente la penitencia que se me imponia. Y sin embargo, nunca estaba tranquila mi conciencia, siempre le quedaban algunas dudas, y me decia: has faltado en tal ó tal cosa; no has tenido bastante dolor y arrepentimiento; has omitido tal pecado en la confesion, &c. Mientras mas procuraba sostener mi débil, afligida y vacilante conciencia, por médio de las tradiciones de los hombres, mas débil, mas afligido y mas vacilante me encontraba. Y así, mientras mas queria observar las tradiciones de los hombres, mas las infringia, y procurando llegar á la rectitud en mi profesion religiosa, nunca logré alcanzarla."

A la verdad de estos asertos doi yo el mas amplio testimonio. En efecto, con la excepcion del espíritu perseguidor de la iglesia de Roma, nada conozco mas odioso y perjudicial que los amaños que emplea para obtener la rectitud y la santidad que recomienda. Son en verdad, como dice Lutero, una verdadera tiranía; el tormento y la crucifixion de la conciencia.

El Lector.—¿De qué amaños quereis hablar?

* Ep. á los Filip. ii. 13.

El Autor.—De los leyes papales, con las cuales, para hacer mas perfecto al clero, segun ellos dicen, se envuelven los hombres en las mas fatales acechanzas, hasta perder sus almas, ó, cuando ménos, su felicidad en la tierra. La doctrina romana de las buenas obras, por cuyo médio adquieren un derecho á la salvacion, impone un yugo insoportable á todo el que obra de buena fé. Este es el orígen del celibato impuesto al clero como obligacion imprescindible.

Las personas que se dedican á la vida claustral, tanto hombres como mujeres, en busca de una perfeccion imaginaria, *tienen que hacer voto de castidad, de pobreza y de ciega obediencia á sus superiores.* Se obligan ademas por voto á observar las reglas de su órden, las cuales les imponen cuarenta ó cincuenta mandamientos, fuera de los de la lei de Dios. Para ellos, estos preceptos son tan estrictamente obligatorios como los que estan consignados en la Biblia.

Esto solo bastaria para demostrar lo peligroso y lo absurdo del sistema: porque, ¿puede haber una cosa mas fuera de razon que poner en peligro la salvacion, por médio de obligaciones impuestas por los hombres, cuando es tan difícil cumplir con la sencilla lei de Dios? Pero como el objeto de todas estas ordenanzas humanas es que la iglesia de Roma pueda hacer alarde de la santidad de sus clérigos, á quienes está prohibido el matrimonio, y de la abnegacion de sus frailes y de sus monjas, los papas, temerosos de que los que contraen estas obligaciones las hallen impracticables, y se burlen de la iglesia recobrando su libertad, los papas, digo, despreciando las leyes de la humanidad, y teniendo en nada la salvacion de las almas, han logrado de todos los gobiernos católicos que obliguen por fuerza á los clérigos, frailes y monjas, á la observancia de sus votos, de modo que la persona á quien sea imposible vivir en el celibato ó encerrarse en los muros de un convento, tiene que abandonar su patria, en la inteligencia de que, si le echan mano, pasará en cruel encarcelamiento todo el resto de su vida.

El Lector.—Ese es un rasgo de tiranía que no puede describirse con palabras.

El Autor.—No las tendriais para expresar vuestros sentimientos, si presenciarais, como yo he presenciado, el insolente

y orgulloso despotismo de la iglesia romana. Estamos hablando de un asunto á que no puedo aludir sin dolor y sin indignacion.

Cuando el apóstol Pablo trata de las ventajas que gozaban, en los primeros dias del Evangelio, los cristianos que se abstenian del matrimonio, usa de la mayor precaucion, para que no se crea que exije semejante abnegacion de ningun cristiano. "Esto lo digo para vuestro provecho: no para echaros una acechanza."

La iglesia de Roma, al contrario, arrebatada por su orgullo, emplea todos médios posibles para inducir á los jóvenes de uno y otro sexo, á ligarse para toda la vida con el voto de castidad. En todos sus libros de devocion, y especialmente en el Breviario, se hacen los mayores elogios de la virginidad. Su absurda, si no criminal extravagancia en esta línea, llega hasta el extremo de asegurar que Santa Rosa de Lima hizo voto de perpétua castidad, á la edad de cinco años.

Hubo un tiempo en que los padres se comprometian á que sus hijos de ambos sexos abrazasen por toda su vida la profesion monacal, y, no habia remedio, era forzoso someterse á esta tiranía. Ahora la iglesia permite á los mancebos y doncellas de diez y seis años, hacer los votos que los encadenan por toda la vida. Desde aquel instante, quedan bajo la custodia de los gobiernos católico-romanos, los que, intimidados por las amenazas de Roma, se convierten en carceleros de aquellas víctimas, y no escrupulizan en emplear la fuerza física para obligarlos al cumplimiento de sus votos.

La vista de un convento de monjas contrista al alma. Aquellos altos muros, aquellas pequeñas ventanas defendidas con gruesas rejas y agudas puntas de hierro, dan á estos establecimientos todo el aspecto de cárceles rigorosas. Como es costumbre en los paises católicos enviar las niñas á educarse en los conventos de monjas, las pobres inocentes criaturas se aficionan á sus maestras, las cuales, ansiosas de hacer reclutas para su órden, las alucinan y acarician, hasta inducirlas á imitar su ejemplo.

Los clérigos, envidiosos de los casados y de la ventura del hombre que vive en compañia de una esposa amable, aconsejan á sus hijas de confesion que tomen el velo, y de este modo se llenan anualmente los claustros de pobres obcecadas cria-

turas, cuya existencia, por lo general, es una série de tormentos.

Tambien en Inglaterra hai monjas: algunas de ellas continuan gustosas en su esclavitud; muchas se arrepienten y suspiran por la libertad: pero se someten, por la vergüenza de aparecer inconstantes en sus determinaciones, y porque, aunque las leyes las protejerian, en caso de recobrar su libertad, temen el ser mal miradas en sus familias y continuamente molestadas y perseguidas por los clérigos, con amonestaciones y amenazas de eterna condenacion.

En los Estados católicos, las que se hallan en el mismo caso, se someten con paciencia á su infortunio, para el cual no le ofrecen las leyes el menor remedio. Algunas, sin embargo, llegan á ponerse en un estado de verdadera desesperacion, y yo he visto casos que prueban que el papa es un tirano mas implacable que los dueños de esclavos en las regencias berberiscas.

El Lector.—¡Y qué! de veras, ¿habeis visto alguna pobre mujer ansiosa por su libertad, y obligada á vivir en cautiverio como los reos que los tribunales condenan?

El Autor.—He visto muchas, y entre ellas, una, cuyo recuerdo me llena de amargura siempre que pienso en ella. Era la hija mayor de una familia intimamente ligada con la mia. Se educó en el convento de Santa Isabel de Sevilla, bajo la tutela de una hermana de su madre, abadesa de aquella comunidad. Las circunstancias del suceso fueron tan públicas en la ciudad, y les han dado tanta notoríedad los procedimientos judiciales á que dieron motivo, que no hallo inconveniente en el uso de los nombres propios. Maria Francisca Barreiro, que así se llamaba esta desventurada, creció en el convento, y desde su tierna edad se manifestó mui interesante y viva, mientras que su hermana menor estaba gozando todas las ventajas de la educacion doméstica. La madre formó desde mui temprano el designio de consagrar su hija mayor á la religion, esto es, á la vida claustral, á fin de que la menor, no tan favorecida con dones naturales, tubiese mas probabilidad de lograr un marido. Trataba con aspereza y despego á Maria Francisca, y esta circunstancia aumentaba el tierno afecto que profesaba á su tia. Llegó por fin el tiempo en que debia separarse de este único objeto de su

cariño, ó arrostrar en la casa paterna la aversion de su madre, ó pronunciar los votos y condenarse á la prision perpétua del convento. Este último fué el partido que prefirió, y, segun costumbre, salió á pasar algunos dias fuera, para despedirse de sus parientes y de sus amigos. Yo la veia casi diariamente en casa de uno de sus deudos, y en sus modos y en sus palabras, no tardé en descubrir que era víctima de la inhumana determinacion de su madre. El padre era un excelente hombre, aunque indeciso y tímido. Tenia miedo de su mujer y de los frailes, los cuales, como siempre, tenian el mas vivo interes en aumentar el número de sus cautivas. Aunque yo no desconocia el peligro en que incurre, en España, el que intenta disuadir á una mujer de entrar en la vida religiosa, la humanidad me impulsó á reconvenir seriamente al padre, rogandole encarecidamente que no condenase á su querida hija á pasar su vida echando de ménos la libertad que ya le seria imposible recobrar. Mis razones lo conmovieron mucho: pero la impresion que hicieron se disipó facilmente.

Llegó á fijarse el dia en que Maria Francisca debia tomar el velo, y aunque se me convidó con repetidas instancias á presenciar la ceremonia, no quise ser testigo de aquella inmolacion. Al dia siguiente, hallandome en mi silla de coro de la Capilla Real, me llamaron al confesionario, donde ví arrodillada en el sitio en que se colocan las mujeres, á una toda cubierta con un velo negro. Inmediatamente que tomé mi asiento, me sorprendió la bien conocida voz de Maria Francisca.

Bañada en lágrimas, y apénas capaz de proferir una palabra, sin llamar la atencion de la gente que estaba cerca del confesionario, por los sollozos que interrumpian su voz, me dijo que deseaba desahogar conmigo su corazon, ántes de sepultarse en vida. Declaróme desde luego que no acceptaria ninguna clase de proteccion, porque ántes que vivir con su madre y someterse á las reconvenciones á que su resolucion la exponia, estaba dispuesta á "poner en peligro la salvacion de su alma." Todas mis amonestaciones fueron inútiles. Le ofrecí obtener el apoyo del arzobispo, el cual podia sacarla ilesa de las dificultades que la rodeaban. A todo se opuso, y me pareció tan inflexible como desgraciada. Al dia siguiente tomó el velo; profesó al

año siguiente; su buena tia murió poco despues, y las monjas que la habian atraido al convento á fuerza de lisonjas y caricias, empezaron á atormentarla desde que percibieron que ya no podia disimular su miseria, temerosas de que transpirase afuera este estado de cosas.

Despues de una ausencia de tres años, volví á Sevilla, y supe que Maria Francisca habia declarado abiertamente su aversion al estado que profesaba, y del cual solo la muerte podia arrancarla. Muchas veces mudó de confesor, creyendo hallar algun alivio en sus consejos. Al fin encontró un amigo, en uno que habia sido compañero de mi juventud, hombre cuya benevolencia no era inferior al genio brillante con que la naturaleza lo habia dotado, aunque ni una ni otra prenda lo ha exceptuado de los males á que todo español está expuesto en proporcion á lo que vale y merece. Fué su confesor, y con este carácter la veia diariamente. Pero ¡ qué podia hacer contra la inflexible tiranía bajo la cual la infeliz estaba gimiendo!

Por este tiempo, la aproximacion de las tropas de Napoleon á la ciudad, esparció en ella la consternacion, en términos que se abrieron las puertas de los conventos, para que saliesen las monjas que quisiesen. Maria Francisca, cuyos padres estaban ausentes, se puso bajo la proteccion de un prebendado de la catedral, con cuya ayuda pudo trasladarse á Cadiz, donde la ví, cuando desde allí emprendí mi viaje á Inglaterra. Jamas olvidaré la angustia con que, despues de una larga conversacion en que me descubrió toda la extension de su desgracia, exclamó: "No hai remedio para mí," y cayó convulsa.

Libre España de la invasion francesa, la infeliz fué restituida á su antigua prision. Allí quiso poner término á su miseria, arrojandose á un pozo, del cual la sacaron viva. Habia muerto su madre, y sus otros parientes entablaron, ante el juzgado eclesiástico, una demanda de nulidad de votos: pero las leyes del concilio de Trento eran positivas, y no huvo lugar á lo que se pedia. Su desesperacion agotó las pocas fuerzas que sus largos padecimientos le habian dejado, y la desventurada Maria Francisca murió poco despues, habiendo apénas cumplido veinticinco años de edad.

El Lector.—Es tan horrible esa historia, que apénas puedo

concebir cómo hai naciones en que se tolera una tiranía tan perversa que sacrifica, no solo la ventura temporal, sino la salvacion de las víctimas que caen en sus redes. Sé que Dios es infinitamente misericordioso. De todo lo que me habeis referido, infiero que el papa y su iglesia, con tal de perpetuar la esclavitud de los que doblan el cuello á su yugo, no se curan de que cometan suicidio, ni de los otros pecados á que conduce la desesperacion.

El Autor.—Estoi convencido de que el papa y sus cooperadores miran con la mayor indiferencia las consecuencias morales por cuyo médio quieren sostener la absurda doctrina de la infalibilidad. Antes que alterar la lei del celibato para los clérigos, consentiria Roma, como está consintiendo hace muchos siglos, en exponer al clero á las mas peligrosas tentaciones, participando así de una ingente responsabilidad, y dando motivo á que se cometan innumerables pecados, que se evitarian facilmente aboliendo aquella insensata prohibicion.

El Lector.—¿No dispensa nunca Roma á sus eclesiásticos de una lei tan opuesta á la naturaleza?

El Autor.—Roma nunca cede sino á la fuerza ó al miedo. La única noticia que tengo de una dispensa de esta clase, fué la que Bonaparte exijió imperiosamente en favor del obispo Talleyrand. Para obtener de Roma la mas pequeña condescendencia, es preciso hablarle, por decirlo así, con el dogal al cuello, y aun en estos casos nunca lo hace con publicidad y de un modo notorio, nunca dejando descubierta su injustificable tiranía.

El Lector.—Conozco sin embargo á muchos católicos ingleses, hombres de buen juicio, y que, léjos de imitar la intolerancia de su iglesia, mantienen relaciones de benevolencia y amistad con los protestantes.

El Autor.—No dudo que haya en Inglaterra hombres que piensen de ese modo; pero no es ménos cierto que todo súbdito espiritual del papa tiene *la imprescindible obligacion de oponerse al protestantismo* por el mismo principio de conciencia que lo adhiere á la fé católica. Cree que la religion romana es el médio mas seguro de salvarse. ¿Cómo podrá pues comprometer su salvacion fraternizando con hombres á quienes cree destinados *á las penas eternas?*

El Lector.—Entónces, ¿cual es la verdadera doctrina de la iglesia de Roma con respecto á los protestantes, y otros que se diferencian de ella?

El Autor.—La iglesia de Roma profesa con tanta sinceridad la doctrina de la Trinidad, de la muerte y resurreccion de Cristo, como la de que *no hai salvacion fuera de su gremio*, esto es, que las promesas del Evangelio se hicieron exclusivamente para los que reconocen al papa como representante del Hijo de Dios. Esta doctrina ha sido repetidas veces establecida por la mas alta autoridad de la iglesia de Roma, que es el papa con sus obispos en Concilio. Esta misma autoridad ha declarado y obligado á creer á los católicos romanos que toda persona que ha recibido el bautismo en la iglesia ó fuera de ella, está obligado á "obedecer todos los preceptos de la Santa Iglesia, escritos ó tradicionales, y que cualquiera que niegue que estas personas bautizadas no estan obligadas á esta obediencia con otro castigo que el de la excomunion, es anatema."

Tal es la declaracion del Concilio de Trento, cuya infalibilidad debe respetar todo católico romano. Por tanto, el que defiende ó practica la tolerancia, es anatema, es decir maldito por la iglesia de Roma. No dudeis un instante que todo católico romano tiene que ser por fuerza intolerante: porque su religion no consiste solamente en creer ciertos dogmas, sino en creerlos segun el sentido que les da la iglesia sobre la cual ejerce el papa una autoridad absoluta.

Así pues el católico romano *no puede dar razon de las consecuencias prácticas de su creencia.* Cree lo que la iglesia cree, y si esta condena á los que no se someten á la misma fé, si él piensa de otro modo, se condena á sí mismo. Si los católicos romanos no cesan de emplear la persuasion para convertir á los que llaman herejes, solo porque la iglesia les impone la obligacion de arrancar aquellas almas al infierno, ¿cómo dejará de emplear la fuerza, si le es posible, para conseguir el mismo objeto, cuando la iglesia lo amenaza con las penas eternas si no lo hace?

Pero no hai necesidad de acudir á conjeturas para establecer esta verdad. La obligacion del católico de emplear la fuerza para la conversion de los que estan bajo su influjo, se apoya en

un juramento solemne. La famosa declaracion de fé de los romanistas, acaba con estas palabras:

"Voto, prometo y juro conservar, con ayuda de Dios, íntegra y entera esta verdadera fé católica, fuera de la cual nadie puede salvarse, y que profeso libremente y con toda verdad sostengo; y voto, prometo y juro procurar, hasta donde alcance mi poder, que todos mis súbditos, ó los que, en virtud de mi situacion, estan bajo mi cuidado, mantengan, enseñen y prediquen la misma fé."

Este es el juramento que deben hacer, segun el Concilio de Trento, todas las personas constituidas en autoridad. Si esto no es *imponer la forzosa obligacion de la intolerancia*, no sé qué otro nombre pueda dársele.

El Lector.—¿Creeis que haya un ingles capaz de aprobar las iniquidades de *la Inquisicion?*

El Autor.—Tengo una alta idea del carácter de esta nacion, pero tambien conozco por experiencia el funesto influjo que ejercen en el alma las doctrinas del catolicismo. Espero que no habrá muchos ingleses capaces de mirar con indulgencia aquella horrible institucion; pero sé que un clérigo español, constituido en alta dignidad, que estubo hace algunos años en Inglaterra, encontró apologistas de la Inquisicion en el clero católico de este pais. En la historia de aquel infame tribunal que publicó por los años de 1818, dice estas palabras:

"Durante mi residencia en Londres, oí decir á algunos clérigos católicos que la Inquisicion era útil en España para conservar la fé católica, y que sería de desear que la Francia adoptase aquel establecimiento."

Así se explica Llorente, y no por atacar al catolicismo, en cuya comunion murió, sino como refiriendo un hecho á que no da mucha importancia.

El Lector.—Me dejais sorprendido.

El Autor.—Mas me sorprenderia á mí que un católico romano dejase de perseguir á los protestantes pudiendo hacerlo. ¿Cómo han de dejar los hijos de obedecer los preceptos de la madre? ¿No fué la iglesia de Roma la que en España condenó á las llamas treinta y un mil novecientas y doce personas, que di-*sentian de su doctrina*, y la que castigó con encarcelamiento,

multa, confiscacion é infamia pública á doscientas noventa y nueve mil cuatrocientas y cincuenta que salvaron sus vidas por médio de la retractacion?

¿No fué la misma iglesia de Roma la que, en este reino de Inglaterra, en los cuatro años del reinado de Maria, condenó al mismo suplicio de la hoguera, ochocientas ochenta personas, por no haber querido abjurar la fé protestante, siendo desconocido el número de las que murieron en la cárcel por el mismo motivo?

Si la iglesia de Roma hubiera reconocido su error, confesando que habia sido extraviada por las preocupaciones y fanatismo de los tiempos de la ignorancia, aunque estas preocupaciones y este fanatismo eran exclusivamente obra suya, podriamos creer que sus hijos habian abandonado su carácter intolerante y perseguidor; pero ¿quien ha oido jamas que la iglesia de Roma haya manifestado el menor síntoma de sentimiento por los torrentes de sangre con que ha empapado la tierra?

La Inquisicion ha existido en España hasta hace pocos años. El papa la restableció en 1814, y quizas á la hora esta algunos de los obispos españoles la restablecerian si les fuera posible. Pero ¿qué es la existencia ó la abolicion de este tribunal sino una señal externa del *poder* ó de la *falta del poder* que se arroga el papa para poner en práctica su *eterno principio de la intolerancia?* Con sus hechos crueles é implacables, el romanista no hace mas que sancionar con sangre los artículos de fé promulgados por los decretos del Concilio de Trento.

El Lector.—Hasta ahora nunca he sabido que *la intolerancia y la persecucion fuesen, para algunos cristianos, condiciones indispensables de su salvacion eterna.*

El Autor.—Os he demostrado que tal es la doctrina de la iglesia de Roma, y espero en Dios que de este conocimiento os resultará un gran beneficio. Convencido, como debeis estarlo, de que *la persecucion es una parte esencial de la fé católica romana,* no perdais nunca de vista esta idea, si alguna vez se os acercan emisarios para apartaros de la verdadera religion del Nuevo Testamento.

Cuando oigais la repetida historia del apóstol Pedro y de su primacía, recordad que aquella desacreditada ficcion es el ver-

dadero y único orígen de las doctrinas tiránicas y de la conducta de los que se llaman Pontífices romanos. Comparad el gobierno de los que se llaman succesores del apóstol Pedro con el modelo de un pastor cristiano que el mismo apóstol nos ha dejado en la primera de sus epístolas:

"Apacentad," dice, "el rebaño de Dios que está entre vosotros, como sobreveedores de él, no por necesidad, sino de buena voluntad: ni por amor de deshonrosa ganancia, sino con prontitud: ni como enseñoreandoos sobre la herencia de Dios, sino siendo ejemplos del rebaño."*

No se necesita mas sabiduría para rechazar las pretensiones del papa, que la comparacion entre su gobierno y el pasaje que acabo de citar. No teneis mas que recordar *la violencia* y *el derramamiento de sangre*, por cuyo médio los papas han obtenido la inspeccion del rebaño de Dios; *el sórdido lucro* que resulta, aun en la época presente, de sus indulgencias y dispensas; y por último observad *la altanería* con que reclama el dominio espiritual sobre todas las naciones que han sacudido su usurpada y tiránica autoridad. Tened presentes todas estas cosas, y guardaos de los amaños y artificios de una iglesia que considera á todos los que disienten de ella como esclavos fujitivos, á quienes no castiga porque no puede; y estad persuadido que el espíritu cristiano ha desaparecido casi enteramente de una iglesia en que tanto predominan la soberbia y la ambicion.

* 1 Ped. v. 2, 3.

FIN.



